

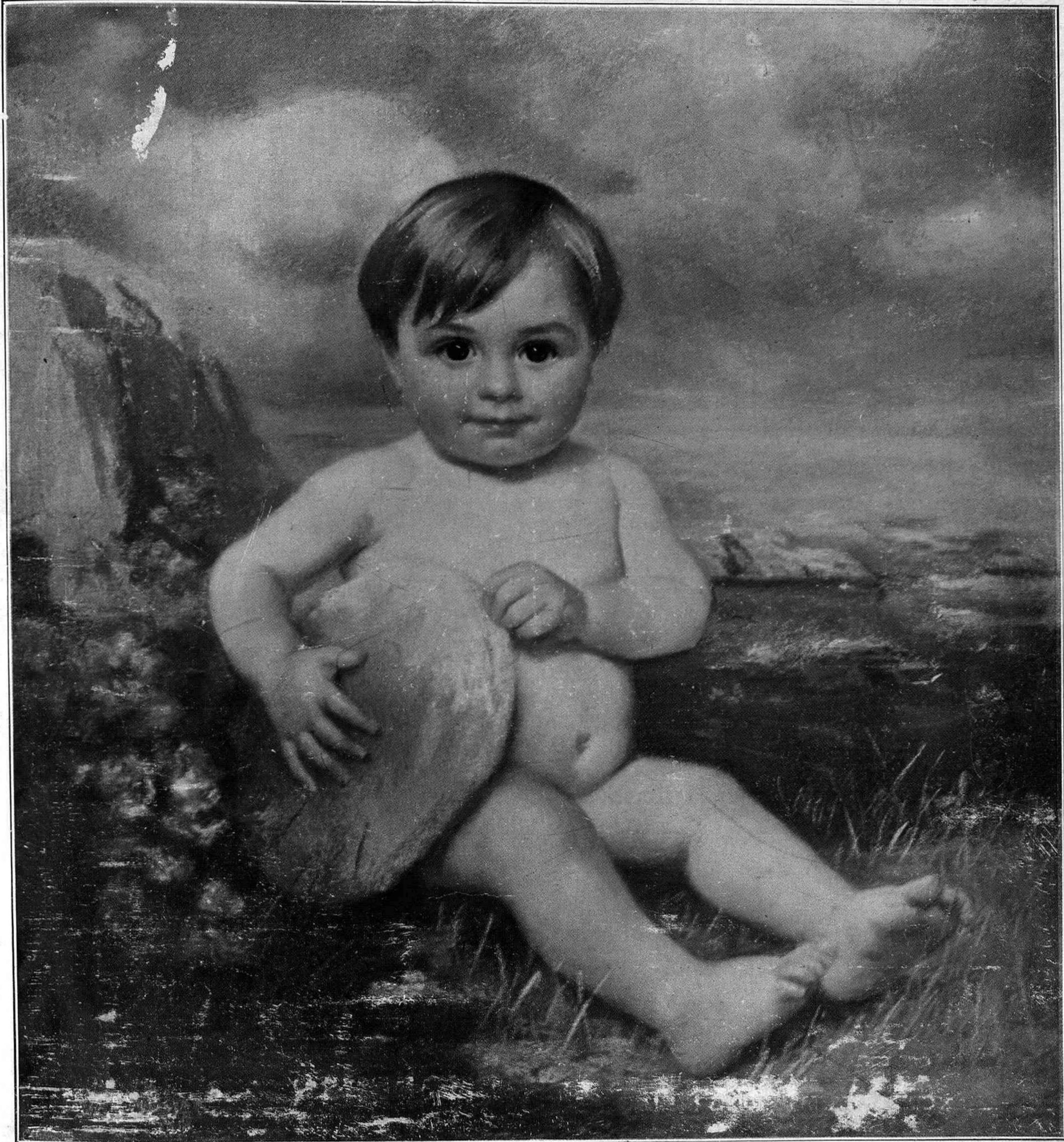
La Esfera

7- FINE 10

05

Año IX Núm. 418

Precio: Una peseta



EL NENE CON EL PAN DEBAJO DEL BRAZO, cuadro de Pablo A. de Béjar

Altisenty & Co.

PELIGROS, 20

(Esquina á Caballero de Gracia)

MADRID

Teléfono 37-39 M



Camisería
Ropa blanca fina
Equipos
para novia

ÚLTIMAS NOVEDADES

LOS HOTELES

Restaurants y Clubs

cuyos parroquianos tienen gustos delicados, sirven la salsa Lea & Perrins, que es la de superior calidad en todo el mundo.

SALSA

de

Lea Perrins'

La ORIGINAL
de WORCESTERSHIRE.



PECHOS DESARROLLADOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. 27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pesetas frasco.

MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, Llano. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. PUERTO RICO, Combas Peyork. MANILA, Gaspar, 150, Mendoza. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Laboratorio Apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



EL SECRETO

Novela dramática de intensa emoción

por E. Contreras y Camargo

ACABA DE PUBLICARSE
TRES PESETAS EN TODAS LAS LIBRERÍAS

DEL MISMO
AUTOR

DELITOS DE AMOR

OBRA DE GRAN ÉXITO

3.50 pesetas en todas las librerías

En Ningun Hogar
habrian de faltar

PASTILLAS VALDA

Este remedio respirable preserva de los peligros del Frio, de la humedad, del polvo y de los microbios, constituye un tratamiento energico de todas las afecciones de la Garganta, de los Bronquios y los Pulmones.

Tanto para los **NINOS**, como para los **ADULTOS**, y para los **ANCIANOS**.
Este EXCELENTE PRODUCTO ha de tener cabida en todos los hogares

Procuraos hoy mismo

UNA CAJA DE

PASTILLAS VALDA

Pero sobre todo EXIGID, como es debido,

LAS VERDADERAS

que se venden únicamente en CAJAS con el nombre **VALDA**

en la tapa y nunca de otra manera.

J. C. WALKEN, fotógrafo, SEVILLA, 16



Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

CORSETERÍA
«PARISIÉN»

Concha y Esperanza Vizcaino

ofrecen á Ud. las últimas creaciones de Paris, en

Oviedo

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á esta Admón., Hermosilla, 57.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO

OBRA NUEVA LA RAIZ FLOTANTE

NOVELA

DE

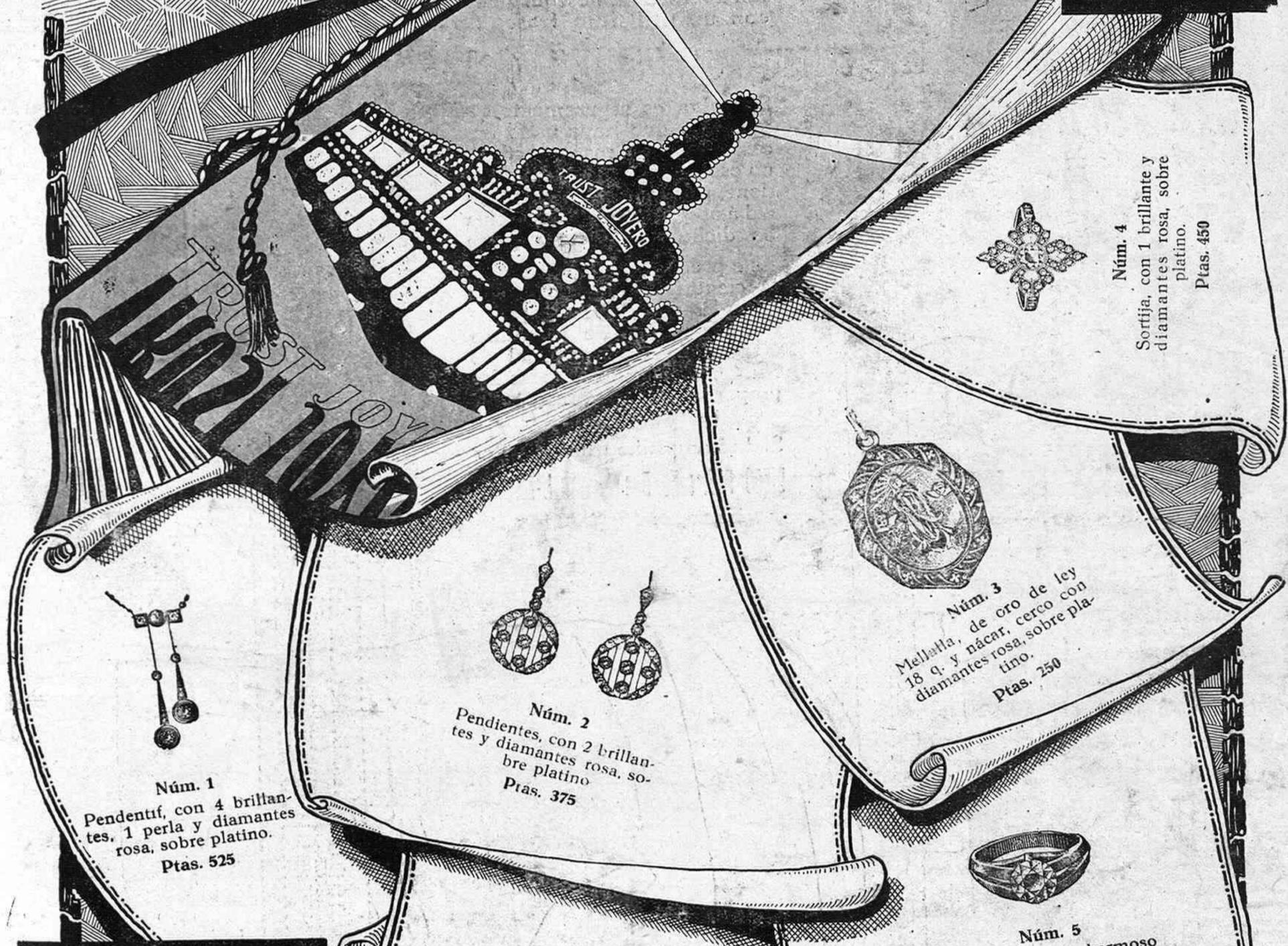
JOSE FRANCÉS

QUE REFLEJA LA VIDA, EL PAISAJE
Y EL ESPÍRITU DE ASTURIAS

PRECIO: CINCO PESETAS TODAS LAS LIBRERÍAS

Una joyería en casa

MILES DE fotografías de lo más nuevo y más elegante en **Alhajas y Relojes**



Núm. 1
Pendentif, con 4 brillantes, 1 perla y diamantes rosa, sobre platino.
Ptas. 525

Núm. 2
Pendientes, con 2 brillantes y diamantes rosa, sobre platino.
Ptas. 375

Núm. 6
Imperdible, con 16 brillantes, 1 zafiro y diamantes rosa, sobre platino.
Ptas. 1.125

Núm. 3
Medallita, de oro de ley 18 q. y nácar, cerco con diamantes rosa, sobre platino.
Ptas. 250

Núm. 5
Sortija, con 1 hermoso brillante.
Ptas. 3.375

Núm. 4
Sortija, con 1 brillante y diamantes rosa, sobre platino.
Ptas. 450

TRUSTJOYERO
Alhajas y Relojes de 25 a 25.000 pesetas
LO MEJOR POR EL PRECIO.
Exposición y Venta: Puerta del Sol, 11-12 y Carmen, 1- MADRID.
Sucursal: Alameda, 15 - S. SEBASTIAN.
Director: MODESTO LARGO ALVAREZ

Al **TRUST JOYERO** Apartado, 350 - Madrid.
Vale por un catálogo ilustrado de joyas... de ptas. ...
relojes... " " "
NOMBRE... 1.143.
SEÑAS...
POBLACION...
Pida usted hoy un ejemplar gratis.



Rosado Rivas

LOS REYES

nan cometido un olvido

que los niños, deseosos de ver á su papá libre de la insana, molesta y fea calva, se apresuran á remediar, obsequiándole con un utilísimo frasco de

Regenerador "PAZ" del Cabello

Su calva es seguramente curable. El que haya usted fracasado con otros específicos no es razón para que se abandone, pues no se atrevería usted á asegurar que la medicina ha dicho su última palabra

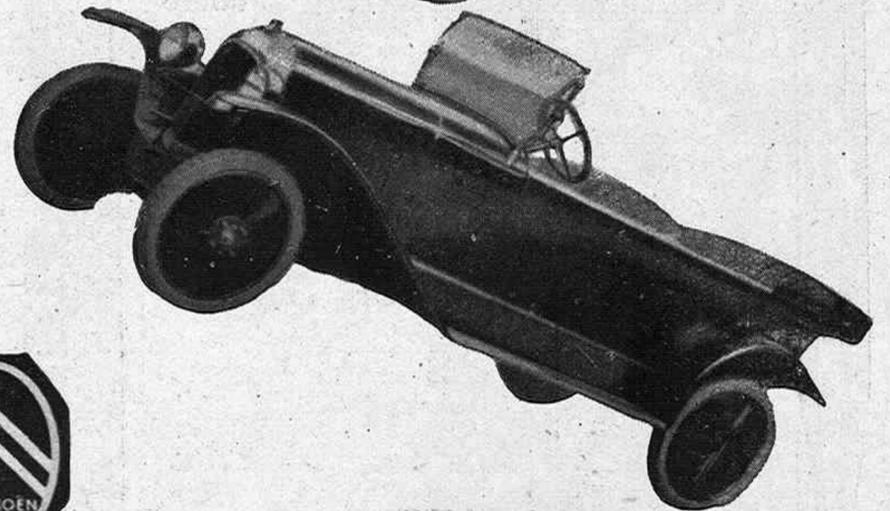
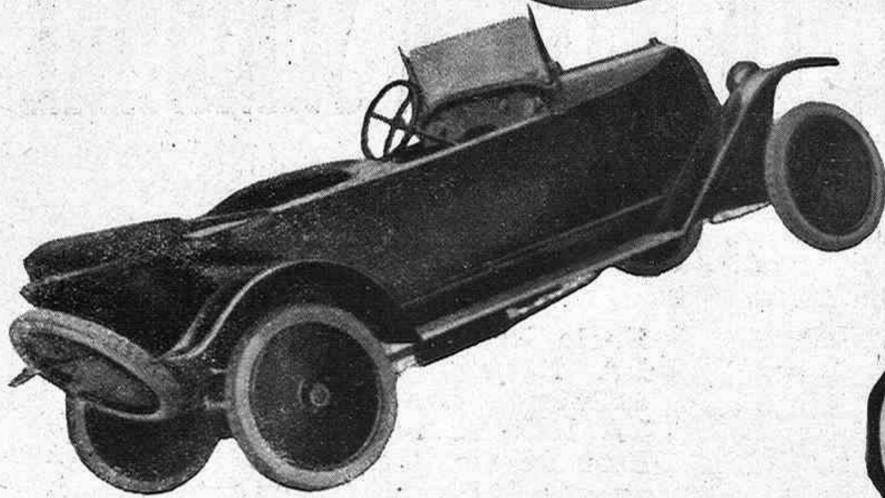
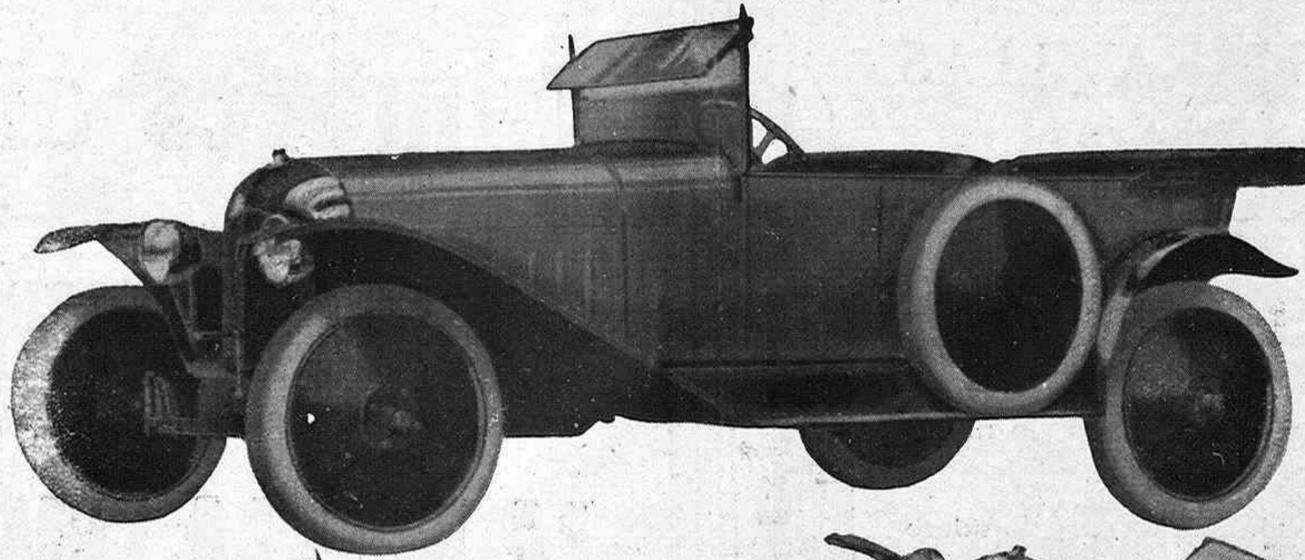
Este producto es rigurosamente científico, y ha merecido Gran Premio de Honor y Medalla de Oro de la última Exposición Internacional de Milán, venciendo á todos los preparados que se presentaron de todo el mundo

Si duda consulte usted al autor

DIEGO PAZ, calle Don Altonso I.-Zaragoza

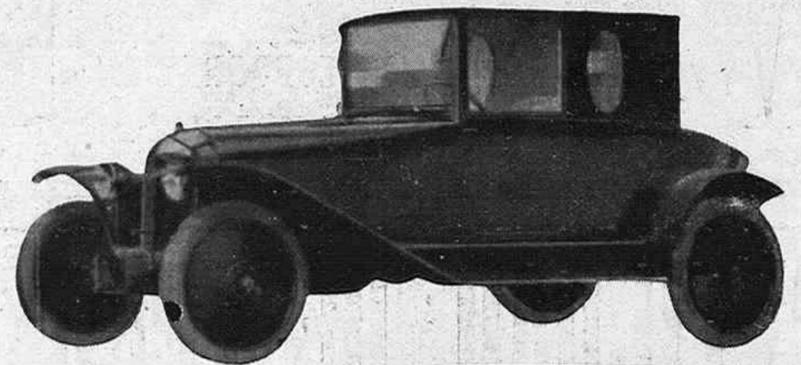
Frasco: 15 pesetas



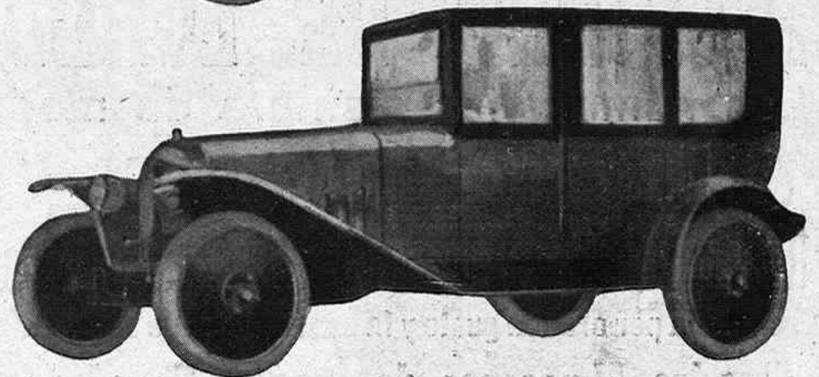


5 HP

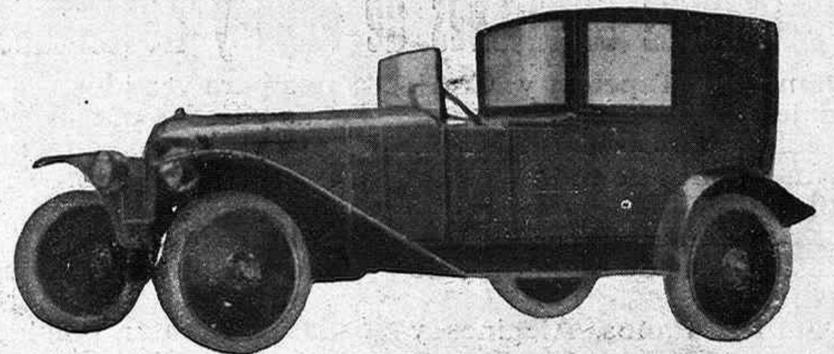
10 HP



A. CITROËN



PARIS

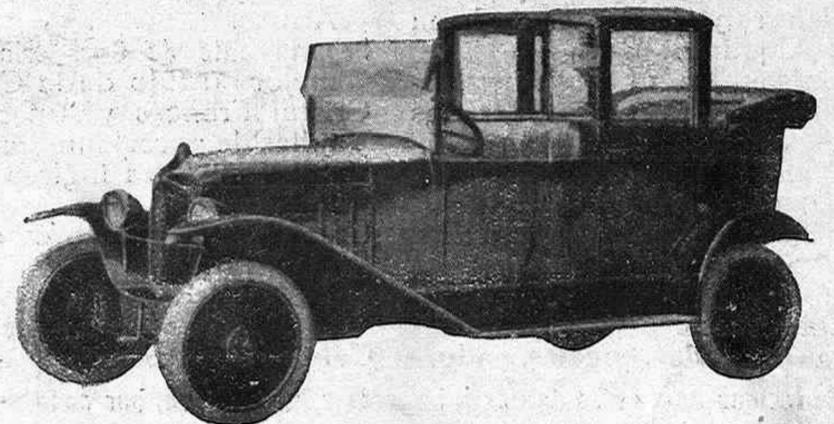


CONCESIONARIOS EN ESPAÑA:

G. de Riso y C.^a

Goya, 6, MADRID

Teléfono S-1.500.





**DOS MARAVILLAS
PARA
ESCRIBIR**

EVERSHARP

El Lapicero siempre afilado sin nunca
afilarlo

Práctico, económico, bonito y duradero

WAHL

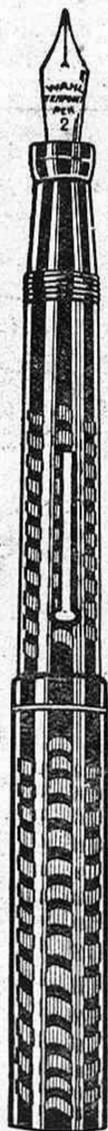
LA PLUMA FUENTE PERFECTA

No se afloja, no se mella, no gotea

Pídanlo en Joyerías, Librerías
y Papelerías

OFFICE APPLIANCE CORPORATION

Alameda, 23 SAN SEBASTIÁN



Cumbres al sol

por

CONCHA ESPINA

(Dibujos de Máximo Ramos)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar en toda España

En la República Argentina
LA NOVELA SEMANAL
se vende con el título de
LA NOVELA ESPAÑOLA
Está de venta en todos los
puestos de periódicos y en casa
de los Agentes de Prensa Grá-
fica en la República Argentina
Sres. Ortigosa y Compañía,
Rivadavia, 698, Buenos Aires

LA CIUDAD DE LONDRES

Los Almacenes siempre de moda

J. OLLIVIER & C.ª, Sucesores
(S. en C.)

Esquina Francisco I. Madero y Palma, México, D. F.

Casa reputada por el buen gusto y la buena clase de sus mercancías

Grandes Almacenes de Ropa y Novedades

Alfombras, Tapetes y Corti-
najes.

Muebles Franceses, Ingleses y
Americanos de todos los es-
tilos.

Telas de Lana y de Seda.

Telas blancas de Algodón y de
Lino.

Casimires, Paños, Alepines y
forros.

Calzones y Camisetas de Lana
y Algodón.

Camisas, Puños, Cuellos, Me-
dias y Calcetines de todas
clases.

Paraguas y Bastones fantasía.

Calzado de las mejores marcas.

Perfumería, Jabones, extractos,
etcétera.

Plumas, pajas y adornos para
sombreros.

Tiras bordadas, encajes y ador-
nos para vestidos.

Lanas y Sedas para bordar.

Capas y abrigos para señoras.

Lencería de algodón, de lino y
de seda.

Sombreros modelos.

Uniformes militares para jefes
y oficiales.

Sillas de montar, polainas, aci-
cates y espadas para todas
Armas.

Departamento de Cristalería. — El
mejor surtido de la Capital.

Cristal Francés y Americano.

Vajillas de porcelana Francesa.

Vajillas de Loza inglesa y del
País.

Utensilios para uso de casa y
de cocina.

Especialidad en efectos para
cantinas y restaurants.

Candiles de todos los estilos.

Se reciben novedades de París, Londres y Nueva York, por cada vapor.

Crossley



Carros de turismo de Crossley
de 19'6 caballos de fuerza

Automóviles Crossley para España

LOS automóviles Crossley tienen fama en todas partes
del mundo por su belleza y excelente calidad.
Los usan muchos de los miembros más distinguidos
de la sociedad inglesa y fueron los únicos coches
escogidos para acompañar oficialmente a S.A.R. el Príncipe
de Gales durante su viaje a la India.

S.M. el Rey y la Reina de España usaron los coches
Crossley durante sus visitas recientes en Londres.

Los automóviles Crossley son de los más elegantes del
mundo. Son construidos con escrupulosa atención para
asegurar a sus propietarios la mayor satisfacción. Tienen
fama extraordinaria por su rendimiento, fuerza, velocidad
y la facilidad con que vencen pendientes y quienes deseen
adquirir un coche de elegantísimo, acabado, con todas
estas ventajas, no pueden hacer mejor elección.

Sírvanse pedir plenos pormenores.

Representante local:
S. A. GOMEZ,
Apartado 1102,
MADRID.

Agentes:
THE MOTOR CAR WORKS CO.,
15, Cooperage Lane,
GIBRALTAR.

La Esfera

Año IX.-Núm. 418

Madrid, 7 Enero 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



Nota en alto grado interesante de la estancia del Sr. La Cierva en el teatro de las operaciones es la que registra la presente plana. Refiérese al emocionante momento de dirigir la palabra el ministro de la Guerra á los soldados que guarnecen la trágica posición de Monte-Arruit, y que con los periodistas y comitiva oficial le acompañaban en su visita al cementerio, donde tienen sepultura 2.500 cadáveres de heroicos hijos de España. Las elocuentes palabras del ministro fueron acogidas con atronadores vivas por parte de la tropa, recibiendo el Sr. La Cierva reiterados testimonios de admiración y simpatía.

FOT. LAZ

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



RETRATO DE LUCREZIA DI BACCIO DEL FEDE
Cuadro de Andrea del Sarto, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA □ LA EXCLAUSTRADA



AQUELLA noche que visité el Museo del Prado, á la luz de un farol, por gracia especial del gran Beruete, descubrí con emoción catacumbica á la por Diosera desmeledada y magnífica que fabricó Pedro de Mena.

Hoy, después de varias contemplaciones y con mayor serenidad, á la luz del día, que para el que ha visitado el Museo agorero y obscuro de la noche tiene la alegría de la luz que recibe en sus ojos el que ha recobrado la vista, voy á escribir palabras de resumen.

De esta Santa de Mena—*Petrus D mena y medranº, Faciebat 1664*, como pone en su peana—había un recuerdo ó evocación en el Museo Arqueológico, representando á Santa María Egipcíaca con una calavera en una mano y dos panecillos á los pies como atributo de su hambre y de su sobriedad.

Ahora, al ver esta imagen espléndida y sobremodo humana, se puede desdeñar la otra, más mezquindosa, copia aparential encargada por alguna beata rica. Después de la inspiración que puso en esta imagen recién expuesta al público el gran Pedro de Mena, no podía resultar sino un poco banal obra de encargo aquella otra con cara y hasta manos de muñeca de iglesia.

Esta imagen consigue ser entre todas las figuras de Mena y lo que pudiera llamarse el mundo religioso de las vírgenes, una joven del pueblo de las pecadoras, una pobre desgraciada animada por la videncia y la alucinación. Desde luego, es un caso de talla impar.

Al lado de otras imágenes que repiten la figura de la Santa, en San Miguel de Valladolid y San Bartolomé de Pontevedra, ésta es la que lleva en sí el arranque certero y la que puede

sostener esa manera de destacarse que tiene hoy en el Museo del Prado, recogiendo y asumiendo toda la luz de la sala.

La vocación religiosa de Mena le hizo sorprender todo el dolor de esas mujeres que tienen arrebatado de lágrimas el rostro, velado y movido por el terrible constipado del dolor copioso en llantos. No he visto llorar y tener tan cruzado el rostro por las x de la llantina, como á alguna imagen de Mena.

Sus hijas le dieron ejemplo de fe profesando en distintos conventos y separándose de su padre, que contento con la vocación de sus hijas, diseñó sus partidas de defunción, los documentos de su matrimonio con Dios y hasta las agasajó con esculturas como añadido á la dote conventual. Tenía Mena el desprendimiento de corazón que hace que todo sea holocausto á Dios; así pide que su cadáver sea enterrado á la puerta de un templo, para que todos lo pisen al entrar, para que su laudo sea como el limpiabarros de todos los fieles y su nombre sea borrado por esos traspiés insistentes de los que cruzan el umbral de una iglesia.

Mena, en este estado de exaltación, sentía la

emoción corporal del Arte, su valor plástico y humano, su evidencia de copia de la realidad, de escueta sumisión al modelo. Así procede esta obra, esta María Magdalena, de sus miradas intensas de artista al mundo bajo, al mundo de los mendigos y las flacas mujeres de la ciudad que van á misa tempranera con el libro y el rosario en sus manos heladas, todas ellas ateridas por la friolencia de la mañana, sus hombros sobrecogidos por la aguda emoción de la que acabada de despertar se lanza á la calle.

Es esta escultura la escultura de una «justa», de un alma en pena, de una posesa que avanza magnetizada por las llagas de Cristo. Impresiona al entrar en su mañana como si perdurase fuera de hora el sonambulismo de una fanática.

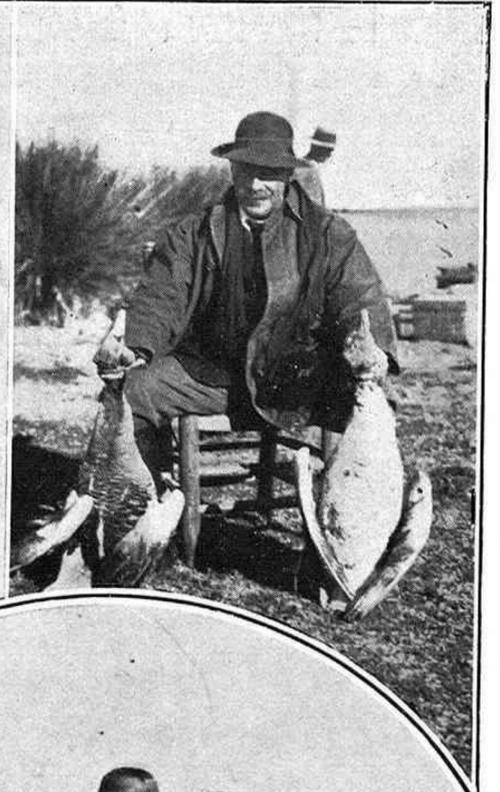
Sorprende la mujer enjuta, con rostro enflaquecido y un poco antipático, como es la figura débil, anemizada, pero arrebatada por el delirio que posee á algunas solteras místicas de las provincias españolas.

Bajo la luz del día, esta escultura tiene una viva personalidad de andaluza fina, feilla pero aguda, fervorosa, de manos y pies bellísimos.

Las pobres monjas que se han quedado sin esta imagen, deben recordarla con nostalgia de hermana y deben estar quejosas de esa ley por la cual una antigua concesión ha podido excluir á la hermana que con mayor firmeza miró á Cristo crucificado durante toda su vida, sin distracción que confesar y á la que vieron entrar en el convento sólo las que ya murieron.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Una cacería que pudo convertirse en tragedia



EN los últimos días de Noviembre se verificó en el famoso coto de *Doñana*, que en la provincia de Cádiz posee el duque de Tarifa, una cacería de patos, á la que asistieron, entre otros aristócratas, los marqueses del Mérito, Santurce, Valdeiglesias y Campo de Rey, D. Ricardo y D. José López de Carrizosa y Martel y D. José Pan Elberto.

Los expedicionarios habían pasado unas horas deliciosas en el espléndido coto, solícitamente atendidos por su ilustre propietario. Los resultados de la fiesta cinegética excedieron las esperanzas de los más optimistas, como lo demuestra el siguiente cuadro: En tres días de caza menor, se cobraron 107 ánsares, 380 perdices y 630 patos, ó sean más de 1.000 piezas; en los otros tres días dedicados á caza mayor, consistió el *bag* en 55 venados, 14 jabalíes y un linco; en total, 70 piezas.

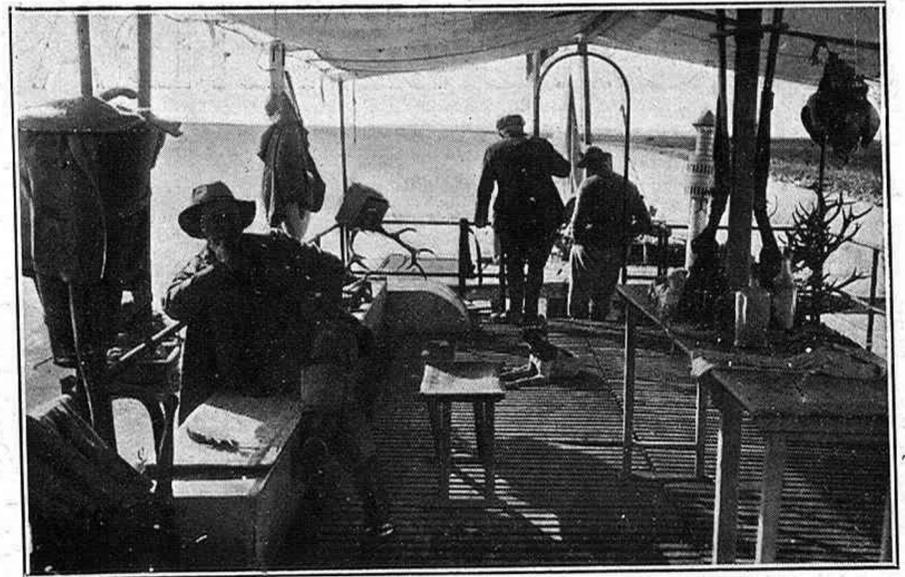
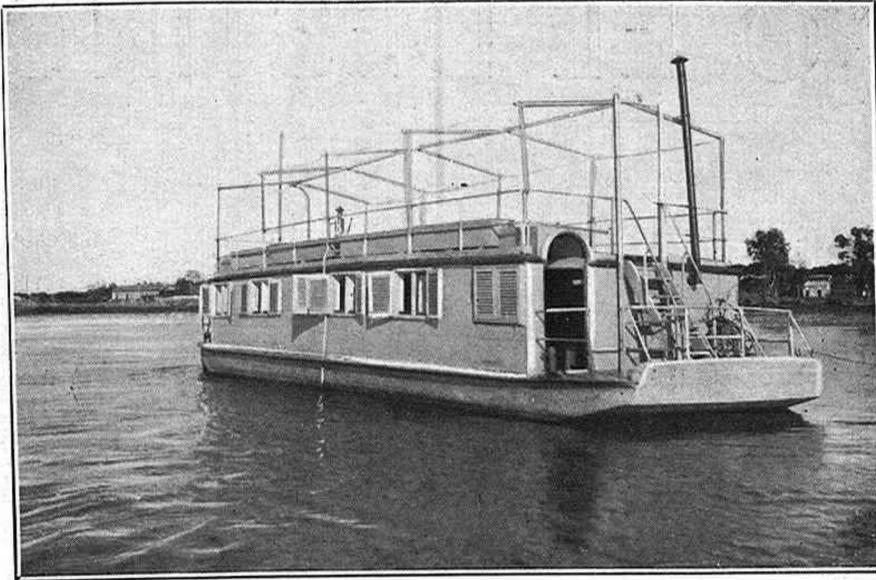
Terminadas las cacerías en *Doñana*, el duque de Tarifa condujo á los expedicionarios, en su magnífico yate *Stephanotis*, á la casa flotante propiedad del marqués del Mérito, y que, anclada en las aguas del Guadalquivir, ofrece cómodo albergue y principesca hospitalidad á los fervientes de San Huberto invitados por el ilustre prócer jerezano á sus fiestas deportivas en aquellas marismas, abundantísimas en caza. Cuando todos los invitados del marqués del Mérito se hallaban entregados al descanso, arreció el temporal iniciado el día 1.º de Diciembre, y que había hecho naufragar en Sanlúcar y Bonanza tres grandes barcos, pereciendo ahogados ocho de sus tripulantes. Tal llegó á ser la violencia del huracán,

El duque de Tarifa y el conde de Peña Ramiro durante la cacería

FOTS. PAN ELBERTO



Los cazadores embarcando para dirigirse á sus puestos

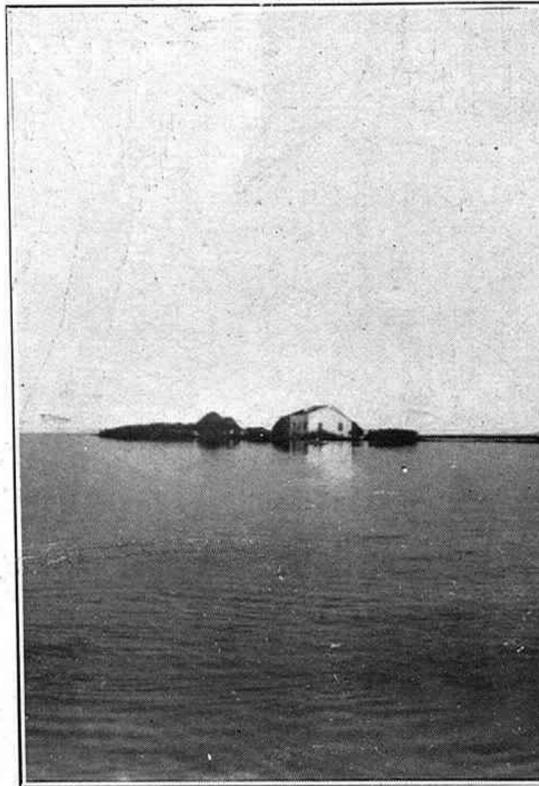


Casa flotante denominada «Agachona», que el marqués del Mérito posee en el Guadalquivir

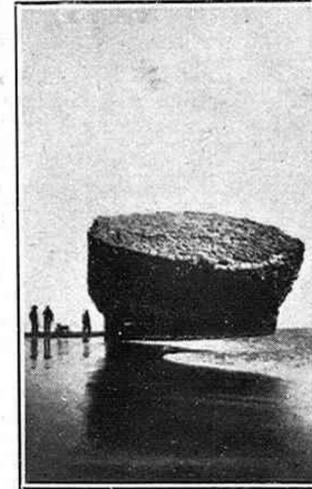
que rotas las amarras de la casa flotante fué arrastrada ésta por la corriente. El primero en despertar y darse cuenta del serio peligro que corrían fué el marqués de Santurce, quien seguidamente llamó a todos sus compañeros. Arrojándose éstos de sus literas y echando sobre sus hombros los impermeables, se aprestaron á su salvamento, que resultaba tanto más difícil por la rapidez vertiginosa que había adquirido el barco en el ensobrecido Guadalquivir. Una lancha de cazadores de oficio llegó en auxilio de los «náufragos», logrando con no pocos esfuerzos recogerlos en la estrecha embarcación. Perdió ésta en la maniobra la



Antigua fortaleza que servía de señales y defensa contra los piratas en las costas del coto de «Doñana»



La casa de un guarda en medio de un lucio, en las marismas del coto de «Doñana»



Una de las antiguas torres de defensa, con los cimientos al sol por efecto del terrible temporal

con verdadero agrado por los devotos del noble deporte de la caza.

grando, por fin, los cazadores hacerse dueños del gobierno de la barca, hicieron rumbo hacia uno de los caños de Lebrija, embistiendo en un carrizal, donde pasaron la noche. Al amanecer, arreglaron el timón, alzaron media vela y siguieron á Coria del Río, donde alquilaron una gasolinera, que les llevó á Sevilla. En esta accidentada excursión cinégetica, que pudo tener consecuencias trágicas, perdieron los expedicionarios todos los equipos y las escopetas. Nuestras fotografías, referentes á la primera parte de dicha excursión, serán vistas



caña del timón, hundiéronse dos tablonces de popa, y ante aquel inminente peligro, mayor aún que el que les amenazara en la casa flotante, transbordaron á otro bote y siguieron á la deriva arrastrados hacia un vapor que remontaba las encrespadas aguas del río. Milagrosamente quedó esquivado el choque; y lo-



Los expedicionarios durante la cacería y después de un ojeo

FOTS. PAN ELBERTO

LA CASUALIDAD Ó EL DESTINO

A CABABA de retirarme á casa más temprano que de costumbre, por estar aún convaleciente de una pulmonía que puso mi vida en verdadero peligro, cuando llegó á verme Paco Rendina, hijo de un primo mío. Mi sobrino estaba agitadoísimo.

—¿Qué te pasa, que estás tan excitado?—le pregunté, alarmado.

—¿Podrán escucharnos?—me contestó, temeroso— Necesito hablarte, tío, pero muy reservadamente.

—Puedes estar tranquilo; el criado se encuentra fuera de casa. La Juana, ya sabes que con su reuma no se mueve de la cocina. Habla cuanto quieras.

La agitación de mi sobrino me hacía presentir que algo grave le ocurría.

—Acabo de hacer una locura—me dijo—, y sólo tú puedes ayudarme.

—Explicáte pronto—le contesté.

—Me he escapado con Adolfiná!... ¡Figúrate qué conflicto y qué situación la mía!... No sé á dónde llevarla. En cuanto la familia se dé cuenta, la buscará por todas partes. Y ningún sitio me parece tan seguro como tu casa... Y aquí nos venimos...

—¡Hombre, te diré!... ¡Me pones en un verdadero compromiso! ¿Cómo quieres que os reciba á los dos? Tendría que ser á ella sola..., y no me parece lo más decente, en casa de un hombre solo.

—Ya sabes que yo tengo toda mi confianza en ti; que para mí eres, no digamos un padre, pero sí un hermano mayor, á quien quiero y respeto. ¿Qué hacer? ¿Dónde mejor llevarla?

—¿Quieres oír mi consejo? Pues antes de que su familia advierta su desaparición, depositála en su propia casa.

—No bromees. Comprenderás que para eso no he llegado á dar este paso.

—¿Lo has recapitado bien? ¿No te das cuenta de las consecuencias? Tú mismo has empezado por anunciarme que habías hecho una locura. Aún estás á tiempo. Reflexiónalo. Y, á todo esto, ¿dónde está la muchacha?

—Muy cerca de aquí. Esperando tu sentencia.

—Podías haberlo dicho antes. Pero, ¿cómo la recibo yo?

—Nada. No te apures. Voy á buscarla.

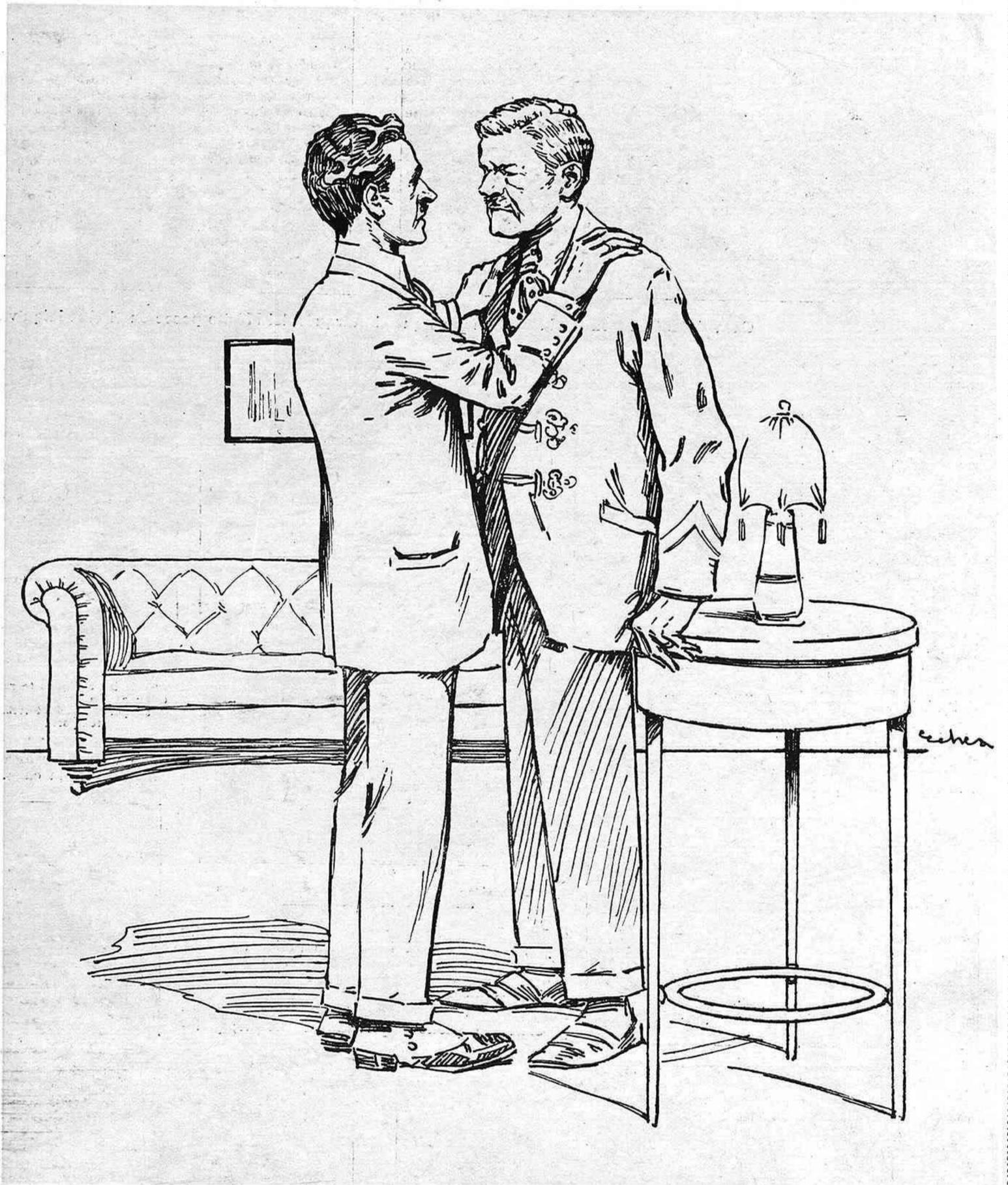
—Bueno. Como quieras... Pero, ¿qué dirán tus padres, los de ella?...

Ni corto ni perezoso, mi sobrino salió en busca de su novia, apenas se esbozó en consentimiento en mis palabras. A los pocos instantes entraban los dos en mi gabinete.

—Adolfiná Carci. Mi tío Enrique—dijo mi sobrino, haciendo la presentación.

—Tanto gusto, señorita. Siéntese: tenga la bondad.

Yo no sabía qué decirle. Su porte me pareció distinguido y su aspecto muy agradable. Vestía un gabán de color obscuro, un gorrito muy calado sobre los ojos y una piel arrollada al cuello, que hacía poco menos que imposible verle la cara.



Intenté de nuevo disuadirles de su locura; aún quizá fuese tiempo de arrepentirse; pero no hubo forma posible. Se querían, se adoraban; las familias se oponían tenazmente, y ellos estaban decididos á todo antes que á separarse.

Como eran menores de edad, decidieron dar la campanada, y así no habría otro remedio que casarlos.

No querían de ningún modo que los padres averiguaran su paradero hasta dentro de dos ó tres días, para que se figurasen lo que era del caso; pero aseguraban, bajo su palabra de honor, que hacía apenas una hora que se habían fugado y que derechamente se habían venido á mi casa, imaginando que sería el sitio donde menos se les ocurriría á los padres el buscarles. Se quedó Adolfiná en mi casa y Paco se fué á la de un pariente.

Era la muchacha encantadora, de pequeña estatura, muy morena, ojos garzos inmensos, boca diminuta, nariz ligeramente respingada y pelo negro y rizado. Vestía coquetamente. Hablaba mucho, muy deprisa y con gracia. Me contó su vida, su estancia en un colegio, interna, de donde poco menos habían tenido que echarla por revoltosa; las mil travesuras que había hecho para que la sacaran pronto de allí, pues era aburridísima su vida para ella, tan alegre y saltarina. Hacía ya cuatro años que había salido del colegio, gracias á una diablura tremenda y que no la quisieron perdonar las monjas. En esos cuatro años había tenido dos novios, y Paco era el tercero; pero á ninguno le había querido como á éste. Porque Paco era buenísimo.

Así pasaron varios días, y yo estaba encantado

de tener en mi casa á Adolfiná. Me cuidaba con verdadera solicitud, con mucho cariño; me entretenía, me alegraban sus risas... Había cambiado el aspecto triste, severo, de mi casa. De vez en cuando me preguntaba:

—¿Le parece que cambie esta butaca, esta columna, este ó el otro cuadro de sitio?

—Haga cuanto quiera—le decía yo, complacido.

Mi casa rebosaba de flores, de alegría... Un día me dijo:

—¿Quiere que tire las flores artificiales de aquel jarrón grande?

—Aquellas, no—le contesté—. Las hizo mi pobre hermana, poco antes de morir.

—Sí. Ya me dijo la Juana que en un año perdió usted á su madre y á su hermana. ¡Qué pena!... Y creo que era muy guapa su hermanita, ¿verdad?

De nuevo empezó á contarme mil historias de amigas conocidas que murieran de igual enfermedad y en edad semejante. En fin: que poco á poco olvidé el comienzo penoso de aquella conversación.

Yo le recitaba historias; le describía mis viajes á América y el cielo tropical encendido en flores de luz, mis ensueños sentimentales. Le confíe que una noche recité una oración á las ondinás y hasta me atreví á desempolvar unos versos de mis floridas mocedades.

Paco venía todas las tardes y solía cenar con nosotros, y era el que traía noticias. La familia suponía ya el escondite y en breve vendrían por ella.

ooo

A los pocos días estaba Adolfiná en casa de sus padres.

¡Qué desolación la de mi casa! Aún parecía más triste que antes. ¡Con qué pena se fué de mi lado! ¡Cómo lloraba! ¡Qué desconsuelo el suyo!

—¿Para qué habré venido aquí!—decía entre sollozos—; ¡Cuánto siento separarme de usted!...

Le había prometido ir á verla; pero no, no iría; deseaba dejar al tiempo que borrara el recuerdo de la chiquela de mi imaginación.

Pero yo enfermaba, había perdido el apetito, el sueño; no sabía á qué atribuir estos trastornos.

Cada vez que venía Paco, me disgustaba, y, sin saber por qué, le encontraba tonto y monótono. Siempre me contaba lo mismo:

—Adolfiná está muy triste; no hace más que llorar...

Llegué á contestarle con desabrimiento á cuanto me preguntaba, y á estar severo, severísimo en mis consejos, á reprocharle su conducta. El me miraba asombrado, sin explicarse mi cambio de humor.

Una vez me dijo la Juana:

—¿Qué te pasa con Paquito? ¿Por qué le tratas de ese modo? ¿Está tan disgustado, el pobre! Dice que no sabe lo que te ocurre... Y conmigo también estás incomprendible. Todo has de encontrarlo mal. Nunca te he visto de peor genio; si mi pobrecita señora viese cómo tratas á tu ama, á la que te ha criado, á la que va para cincuenta años que está en casa... ¿No será que...?

—¡Calla!—la dije, casi amenazándola—No digas disparates. Es que no estoy bueno; yo no sé qué tengo... Quizá viajando se me pase.

Y decidí viajar. No podía vivir contemplando á cada instante la primavera muerta que me rodeaba. Los búcaros, que nadie volvió á tocar, mostraban las flores moribundas que en ellos colocara la mano nerviosa y fina de aquella niña que pasó como un ensueño.

En momentos febriles, parecíame que al desprenderse los pétalos de las rosas mustias querían volar en busca de la hermana perdida.

Adolfiná y Paco deseaban que fuese padrino de su boda; pero yo no quise aceptar.

Una mañana me entregó el criado una carta que me habían traído de parte de la señorita de Carci.

Cogí la carta casi temblando. No acertaba á abrirla. ¡Qué emoción al tenerla en mis manos! No sabía lo que me pasaba.

«Amigo mío: Sé por Paco su rotunda negativa de apadrinar nuestra boda, y me ha llenado el alma de pena. Sí. Me he puesto aún más triste de lo que estoy, porque lo estoy mucho... ¿Por qué? No lo sé. Lo cierto es que veo acercarse mi boda como la hora de cumplirse una sentencia, y... me resigno, porque me creo culpable, si no con los hechos, con el pensamiento. Fui yo quien decidí aquel paso infeliz del que nunca me arrepentiré bastante... ¿Qué hacer á los ojos del

mundo, que no me da más que un camino: el matrimonio ó la deshonra?»

¡Cuánto deseo verle! Es la única manera de sentirme un poco fuerte: viéndole. Sí. Porque yo no sé qué siento por usted; sólo sé que la época más feliz de mi vida fueron los días que pasé á su lado; yo, contándole mis travesuras; usted, contándome aquellas historias que tanto me entretenían y que me hacían hasta no desear hablar para seguirle escuchando cuando usted callaba. Son hoy mis mejores ratos los que dedico á recordar los pasados. Muchas veces pienso que por qué no será usted muy viejecito y yo muy niña, muy niña, para estar siempre con usted y que esta sociedad tan injusta no pudiera decir nada... ante el cariño que puedan profesar el abuelito y la nieta. Pero, en fin, no puede ser. Hay que resignarse á la fatalidad.

Lo que le pido, le suplico, le imploro, es que acepte ser nuestro padrino. Ocúltele todo cuanto le digo á Paco, que de nada tiene la culpa, y compadezca á su desgraciada amiga

ADOLFINA.»



Me quedé perplejo. No sabía qué pensar. ¿Sería el suyo un cariño de nieta?...

Le escribí una carta diciéndole que como aún faltaba mes y medio para su boda, pensaba hacer un viaje, porque me encontraba muy delicado de salud. Y le prometía volver para la fecha de su enlace y que sería su padrino, como deseaba.

En efecto: cumplido el término, regresaba en peor estado de espíritu. Pero no era posible evadirme del compromiso adquirido.

Era una boda muy triste; no asistiría nadie de la familia, parientes ni amigos del uno ni del otro.

Llegó el día señalado para el acontecimiento. No pude dormir en toda la noche. Poco más de las cinco de la madrugada sería cuando salté del lecho, desesperado de no conciliar el sueño. Miré el reloj; faltaban casi dos horas.

Era aún completamente de noche; lloviznaba y hacía frío, á pesar de lo avanzado de la estación; estábamos á fines de Marzo y parecía una madrugada de Diciembre. Traté de leer, de escribir, de dormirme recostado en la butaca, y me fué imposible.

Comencé á vestirme; fui llamando á los criados con agrias voces; les reñí, como siempre; todos se miraban asombrados; me observaban, como diciendo: «El señor está enfermo.» Me sirvieron el desayuno, que encontré detestable. Cambié de calzado tres veces, echándole al criado la culpa de que me molestasen las botas; me probé todos los gabanes que tenía; estaba desesperado.

Juana ya no pudo contenerse, y me dijo:

—Sería mejor que en vez de ir á esa dichosa boda, te acostases y se avisase al médico. ¿Tú te has mirado la cara que tienes?

Sin contestar, di un portazo, dejando á todos estupefactos. En el portal miré la hora: las seis y cuarto; faltaban tres cuartos de hora. ¿Qué hacer?

Sin saber á dónde iba, empecé á andar; anduve, anduve mucho; deprimía, muy deprimía... De pronto, volví á interrogar al reloj; las siete y cinco... ¡Jesús! ¡Llego tarde! Cogí el primer «simón» que encontré al paso.

—A Santa Bárbara.

Cuando llegué á la iglesia, ya había dos coches más esperando. Las piernas me temblaban; en el largo pasillo que conduce á la sacristía creí desplomarme dos ó tres veces; se abrió la puerta y apareció Paco, que estaba muy alarmado de mi tardanza. Debía tener el rostro descompuesto, pues todos me preguntaron si no estaba bueno, si me encontraba indispuerto.

Adolfiná estaba sentada junto á la puerta que conduce á la capilla; me acerqué á ella; estaba palidísima; trató de estar sonriente, pero todos advertían su profundo dolor.

Se dirigió al altar como una virgen conducida al ara del sacrificio. El sacerdote la invitó á sentarse y esperar unos momentos; pero Adolfiná contestó que ya no tenía nada. Su voluntad pareció que triunfaba, pero su cuerpo desfallecía. Hubo un silencio, no oyéndose más voz que la del ministro de Dios para hacer repetir á los desposados las palabras sacramentales. La voz de la novia iba apagándose como si se hundiese en la tierra, y de pronto cesó de contestar; insistía el sacerdote y Adolfiná doblegó su cuerpo como tallo tronchado por una ráfaga, y cayó desmayada. Parecía muerta.

Inmediatamente fué llevada á su casa.

Los padres, al verla en aquel estado, parecieron olvidar por el momento todo rencor, y más aún cuando se enteraron que no había dado tiempo á terminar la ceremonia y, por lo tanto, no era todavía la señora de Rendina.

Hablé con los padres, poniéndoles en antecedentes, para demostrarles lo acreedora que era la muchacha á todo perdón y olvido. Lloraron de alegría.

Adolfiná estaba grave, según el diagnóstico de los médicos. Pidió confesarse y exigió después la presencia de sus padres...

ooo

Por fin triunfó la vida. Poco tiempo después me visitó el padre de Adolfiná.

—Vengo—me dijo—á dar á usted las gracias por el interés que durante la enfermedad de mi hija se ha tomado y á decirle que Adolfiná no puede vivir sin usted, y vengo á pedirle su mano... para ella.

Adiviné que esta era la confesión hecha por aquella noble criatura al sacerdote que la asistió en su enfermedad, y, al mismo tiempo, la confidencia que había hecho á sus padres.

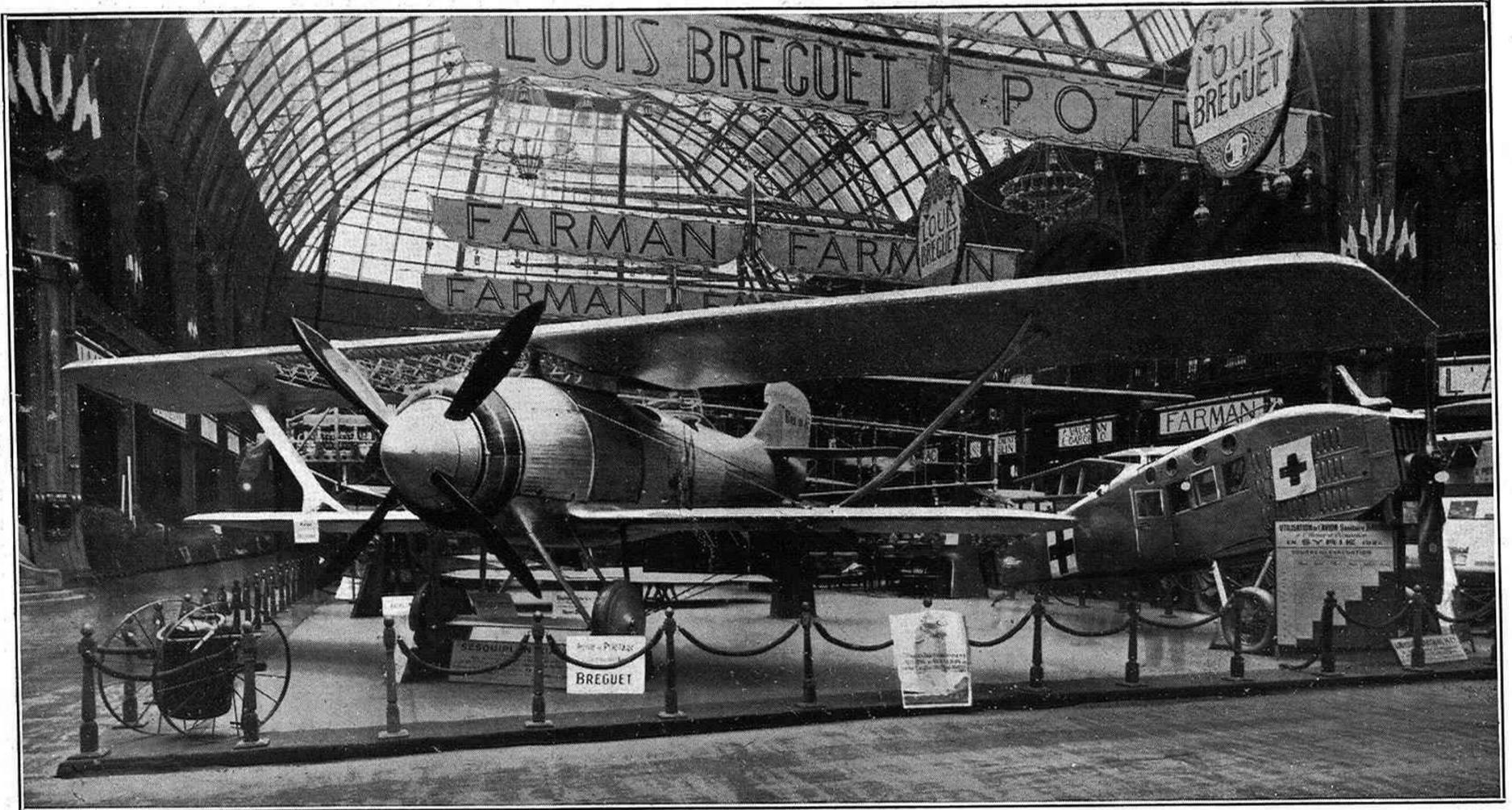
Al mes estaba ya casado con Adolfiná.

LIBUJO DE ECHEA

NIEVES PI MARGALL

LAS ALAS SE ABREN

EL SALÓN DE LA AERONÁUTICA DE PARÍS



Aeronave de transporte con grupo cuádrimotor de 900 HP. En segundo término, un avión sanitario para el transporte rápido de heridos

EL primer Congreso Internacional de la Navegación Aérea terminó con Noviembre sus trabajos y puso fin á la VII Exposición celebrada en el Grand Palais de París.

Pasaron de 50.000 los visitantes del Salón el día de su clausura; fué el desfile de un pueblo entero que comienza á participar en la fe de los primeros apóstoles del aire; de un pueblo cuyo instinto le advierte que se le ofrece un medio prodigioso de alargar los horizontes de su vida.

Y es que la Aviación se ofrece á todos como uno de los medios de acción más poderosos en la nueva sociedad; como una de las más bellas manifestaciones de la inteligencia y uno de los más rápidos agentes de la aproximación de los pueblos.

Las fotografías que acompañan estas líneas darán idea más exacta que las palabras de la importancia de este Certamen, donde aparecen naves gigantescas que por su peso de diez toneladas parece locura imaginar que vuelen; pequeños aviones que son á manera de mosquitos comparados con las águilas, y se aprecian aparatos de formas diversas para transportes comerciales que acusan el interesante progreso de la Navegación Aérea.

Ha figurado en la Exposición un «avión-auto» que salió de Holanda volando, aterrizó en París, plegó sus alas, puso en movimiento el motor y ruedas de su «auto» y entró al Salón conducido por el aviador.

Y tal vez el próximo año estén acabados felizmente y en plan de realidad los estudios que se efectúan de un avión de 155 toneladas y 121 metros de envergadura.

¿No es lógico pensar que dentro de una década de años podrá haber

aviones que en veinte horas de vuelo directo efectúen el viaje de París á New-York?

¿Puede ser tratado de falta de seso quien mantenga que en las más altas latitudes, con la ayuda de un tubo compresor, y si se resuelven ciertos problemas de construcción, se podrán realizar velocidades de 1.200 kilómetros por hora?

Lo cierto es que la imaginación puede resultar vencida por la realidad.

ooo

En Francia, la regularidad de los servicios aéreos comienza á ser un hecho. La organización de sus Aerodromos se va perfeccionando. Una rápida visita al de París en Le Bourget nos ha convencido de ello. He aquí la parte más importante de sus dependencias: Dirección, Administración y Estadística de Vuelos; informa-

ción meteorológica de todas las rutas aéreas que tienen su punto de partida y llegada en el puerto; comunicación con todas las estaciones aerológicas de la ruta; estación radiotelegráfica en constante relación con la marcha de las aeronaves en vuelo. De esta suerte, el piloto, una hora antes de la partida, ya conoce el tiempo que va á encontrar durante el viaje, puede buscar las regiones atmosféricas favorables y rehuir las tempestades y neblinas densas. Asimismo la estación de partida conoce al minuto dónde se encuentra el avión y en qué estado. Caso de necesidad, hay aviones de auxilio.

En cuanto á líneas regulares, existen las siguientes: París-Londres; recorrido: 375 kilómetros, en dos horas treinta minutos. París-Brujas-Rotterdam-Amsterdam; recorrido: 600 kilómetros, en cuatro horas quince minutos. París-Havre; recorrido: 200 kilómetros, en una hora quince minutos; París-Estrasburgo-Praga-Varsovia; recorrido: 1.560 kilómetros, en nueve horas.

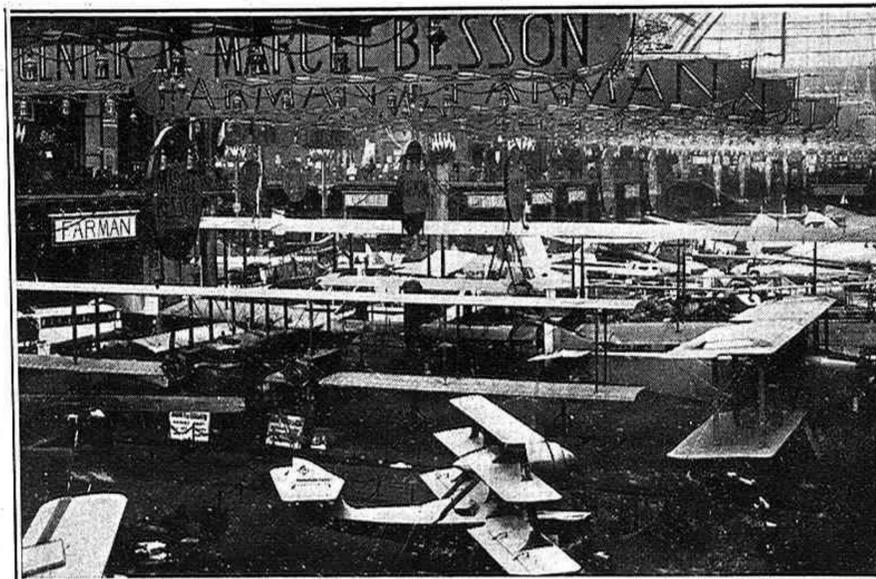
El próximo año se extenderá esta línea á Constantinopla, por Bucarest.

El número de Compañías que se dedican en Francia á transportes aerocomerciales, es el de once; y el de talleres de construcción de aeroplanos, motores, hélices, accesorios, etc., é industrias anexas, es numerosísimo. Seguramente hay más de 200.000 obreros que viven de las industrias y del movimiento aeronáutico.

ooo

En cuanto á la cantidad de viajeros, puedo asegurar que alcanza á la que permite transportar los aviones de estas líneas regulares.

Y hablo así por propia experiencia. El 25 de Noviembre último, á las once de la mañana, tomé pa-



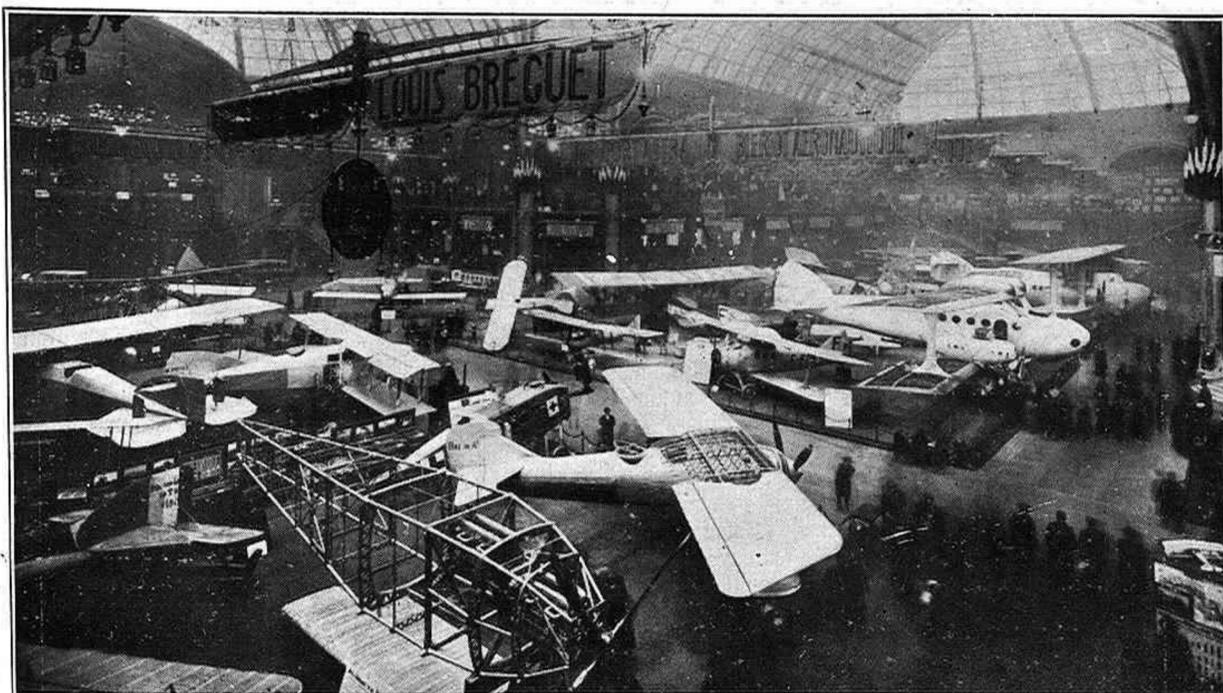
Vista general del Salón de Aeronáutica de París

saje en París para Bruselas en un Farman-Goliath, y fuimos el «completo»; doce pasajeros, el piloto y el mecánico, con equipajes, correspondencia y paquetes postales.

No parecía el tiempo propicio, por la niebla; pero se despejó luego el horizonte. Pude observar algunos detalles que acreditan la tranquilidad absoluta de los viajeros; minutos antes de la partida, llegó corriendo una señora, maleta en mano y gritando como si fuera á perder el tren; subió un caballero holandés acompañado de su hija; él encendió un cigarro puro, sacó un periódico y se puso á leer; la joven se recostó en el hombro de su padre, y dormitó; otros viajeros entablaron conversación de asuntos comerciales: nadie se preocupó de que navegaba por el espacio á 1.600 metros de altura. Se comprende: habían viajado ya por el aire, y se encontraban tan seguros y ajenos al peligro como si lo efectuaran por tierra ó por mar.

Por mi parte y por la de mis amigos, los señores Carrasco, Brunet y Feliu, que conmigo formaban la Comisión de concejales y técnicos enviada por el Ayuntamiento de Barcelona al Congreso, declaro que las dos horas y cinco minutos del viaje las empleamos en la deliciosa contemplación del panorama que se ofrecía á nuestra vista, deleitaba nuestro espíritu y evocaba recuerdos históricos.

Atravesábamos una parte interesante de lo que fué teatro de la guerra, y bellos lugares de



Salón de Aeronáutica de París de 1921. Vista general

da sus ricos tesoros arqueológicos de otros siglos; su plaza cuadrada con sus casas magní-

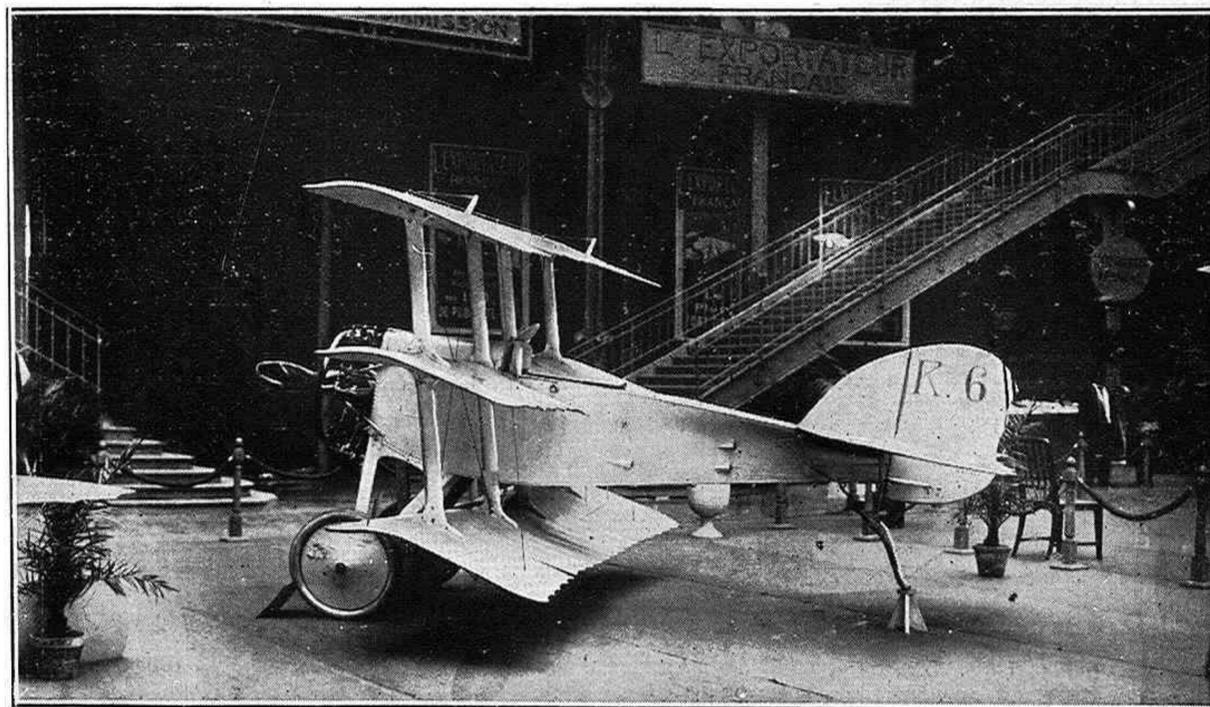
cas de Ayuntamiento y del Rey y sus mansiones gremiales; su iglesia gótica de Santa Gúdula; sus puertas de muralla medievales mantienen intactas, como en plena dominación española, y contribuyen á avalorar estas construcciones del pasado las modernas, no menos hermosas.

Por las anchas calles de Bruselas, por su hermoso Bulevar de Aspech y por sus espaciosas plazas atraviesa bulliciosa la vida de un pueblo activo y laborioso.

Hemos llegado al Aerodromo de Haren, donde desciende el avión como ave que posa firmemente en el suelo. Bajamos también nosotros, sin otra pena que la de terminar una visión que nos encantó la vida durante dos horas. Nuestro primer pensamiento es para España. ¿Cuándo en el suelo de nuestra patria, al levantar los ojos al espacio, podremos recrear la vista y el alma con la contemplación de naves aéreas que unan los espíritus y los intereses entre sus ciudades? Tardíos hemos sido siempre para admitir los grandes adelantos modernos; fuimos de los últimos en Europa en la instalación de vías férreas. ¿Lo seremos también en la instalación de vías aéreas regulares?

De Barcelona puedo asegurar que se preocupa de que así no ocurra. Para su próxima Exposición le es indispensable un gran puerto aeronáutico.

JORGE VINAIXA

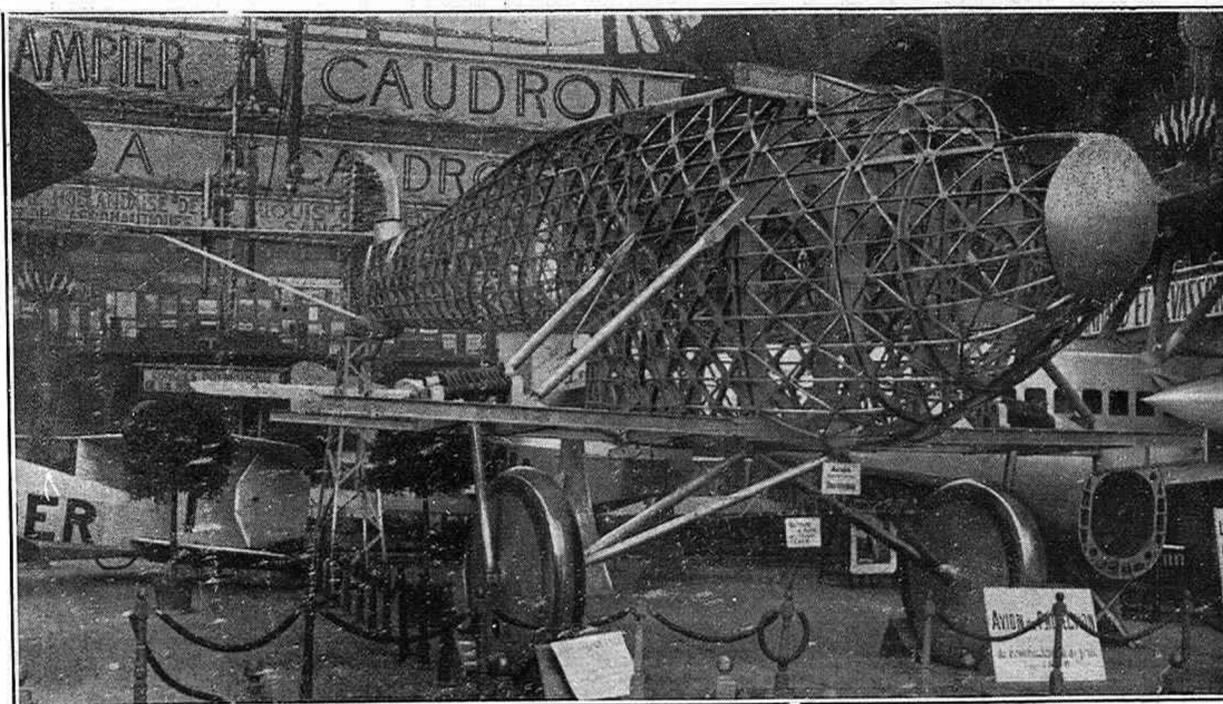


Triplano de turismo, provisto de motor de cuarenta caballos. Mosquito aéreo expuesto en el Salón de Aeronáutica de París

bosques, paisajes y llanuras. El río Marne, ennoblecido por las hazañas que enrojecieron sus aguas con sangre generosa; Compiègne y Noyón; San Quintín, cuyo nombre va asociado para los españoles á la jornada victoriosa que dió origen á la erección del Escorial; Mons, Charleroi, y, en fin, la Bélgica, poblada de ciudades, caseríos, fábricas, con más territorio habitado que libre; y como punto de término, la hermosa Bruselas. Todo ello visto con pequeñez de juguete; con sus campos y valles de tono variado, grandes como pañuelos; sus bosques de árboles de nacimiento de Navidad; sus ríos como arroyuelos de plata; sus pueblos con casitas y campanarios que pudieran regalarse á los niños para entretenimiento, y de vez en cuando diminutos trenes en marcha, cuya máquina humea algodón en rama, sucio. De los hombres, no hablemos; son unos puntitos negros sobre la tierra, que permanecen inmóviles: se han parado para mirar el paso de la nave aérea.

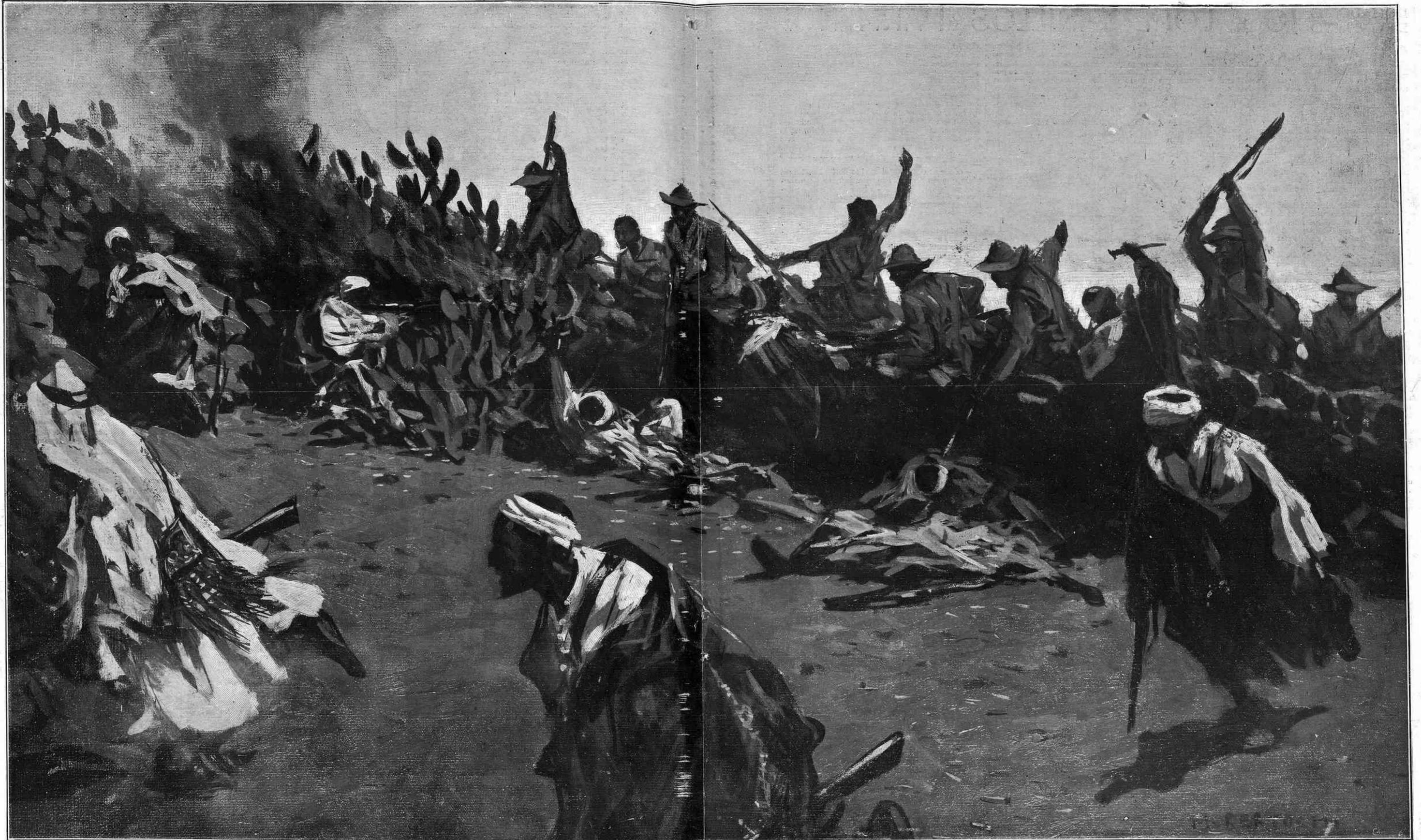
Vamos á terminar el viaje; los motores, que nos acompañaron con su ruido tranquilizador, casi cesan de funcionar; el avión desciende; atravesamos Bruselas y á vista de pájaro podemos admirarla.

He aquí una gran ciudad moderna que guar-



Nuevo tipo de aeroplano metálico para servicios aerocomerciales

ESCENAS DE LA GUERRA.—EL ASALTO DE LA TRINCHERA



Momento supremo y decisivo, en el que nuestros valientes soldados muestran el temple heroico de sus corazones, es este del ataque al cuchillo de la trinchera enemiga, del cuerpo á cuerpo con el salvaje rifleño, en una lucha postrera sin cuartel. La presente página, vibrante evocación plástica de esos épicos minutos de la batalla, ha sido inspirada al artista por los relatos corresponsalicios de las últimas operaciones en la región de Beni-Aros

DIBUJO DE BERTUCHI

DOMADORES DEL ÉXITO JOSÉ LÓPEZ PINILLOS «PARMENO»

Qué lástima de hombre! Con su talento, si tuviese otro carácter más simpático...— he oído decir muchas veces, hablando de López Pinillos.

Es uno de los muchos casos de encasillamiento injusto. López Pinillos es un espíritu totalmente distinto de como se lo figuran muchos que creen conocerle y quienes no le tratan: afectuoso, sentimental, franco, modesto y tímido—no hay que confundir la careta con la cara, ni el heroísmo por fuerza con la valentía en la lucha por el éxito—, estimador del mérito ajeno, escrupuloso, delicado, y en esta *interview* se irá viendo, con sorpresa para quien no le conozca. Lo que pasa es que, como buen andaluz, es un grandísimo guasón, y muchas veces sus bromas, dichas con toda seriedad, fueron tomadas por veras, por culpa de su cara de *Enfadado 1.º*

Una prueba, el principio de nuestra entrevista:

—Yo soy sevillano. Soy el único escritor andaluz de ahora que ha nacido en Sevilla. Ya ve usted: á los Quintero, á Rodríguez Marín, por ejemplo, les llaman sevillanos. Y los unos, ya ve usted dónde supieron nacer: en Utrera; y el otro, en Osuna... Los demás, todo lo más que son es de Jerez ó del Puerto de Santa María...

Y como viese mi sorpresa al oírle muy seriamente hablar con tal énfasis de su cuna, y con tal desdén de la ajena, añadió, apeándose de su seriedad:

—Es una broma que gastamos los sevillanos. Porque para nosotros, nacer en Sevilla, ¡ah!, es el colmo de la suerte... Y los demás escritores andaluces, aunque no lo confiesen, nos tienen envidia por no haber nacido á la sombra de la Giralda...

—Hábleme usted de su infancia...

—Mi familia se trasladó á Osuna, donde teníamos unas fincas. En Osuna, á los seis meses de edad, hice mi primer amigo literato. ¡Y qué gran literato! Rodríguez Marín. Todos los días, al pasar por mi casa, me cogía en brazos y me hacía unas fiestas..., porque sabía que yo le gustaba mucho á su novia—su ac-

tual esposa—, y después se iba á pelar la pava llevándome algunas veces. Por eso le quiero yo mucho, aunque nos veamos de tarde en tarde. Mis primeras lecturas fueron unos novelones por entregas que le dejaba un barbero á un ama seca que teníamos. Luego, una novela de insectos que publicaba *El Mundo Ilustrado*. Pero mi revelación de lo que era el arte literario fué *Gerona*, el episodio nacional de Galdós. En la escuela leí el *Quijote*, que me gustó muchísimo y

me hizo reír desafortadamente. Desde entonces, la inmortal obra me sirve de piedra de toque para juzgar á los escritores y aun á la gente que presume de culta. ¿Le gusta el *Quijote*? Literato. ¿No le gusta? Es un cernicalo. No hace mucho tuve una polémica con un diputado á Cortes porque le oí afirmar que cuantos dicen que les gusta el *Quijote*, es por *pose*. ¡Y me desahogué!... Cuando tenía yo nueve años, murió mi padre; se vendieron las fincas y nos trasladamos á Sevilla. Estudié mi carrera de abogado, de la que sólo me falta una asignatura, y después de la cual pensaba yo hacer unas oposiciones...

—¿Y no se manifestaba en usted la vocación literaria?

—Yo no tenía vocación sino de lector. Es un vicio que no he podido quitarme. No hace mucho, tenía que hacer el último acto de una comedia á fecha fija; me cayó en las manos un libro interesante y por leerlo no concluí mi obra cuando debía haberla concluido...

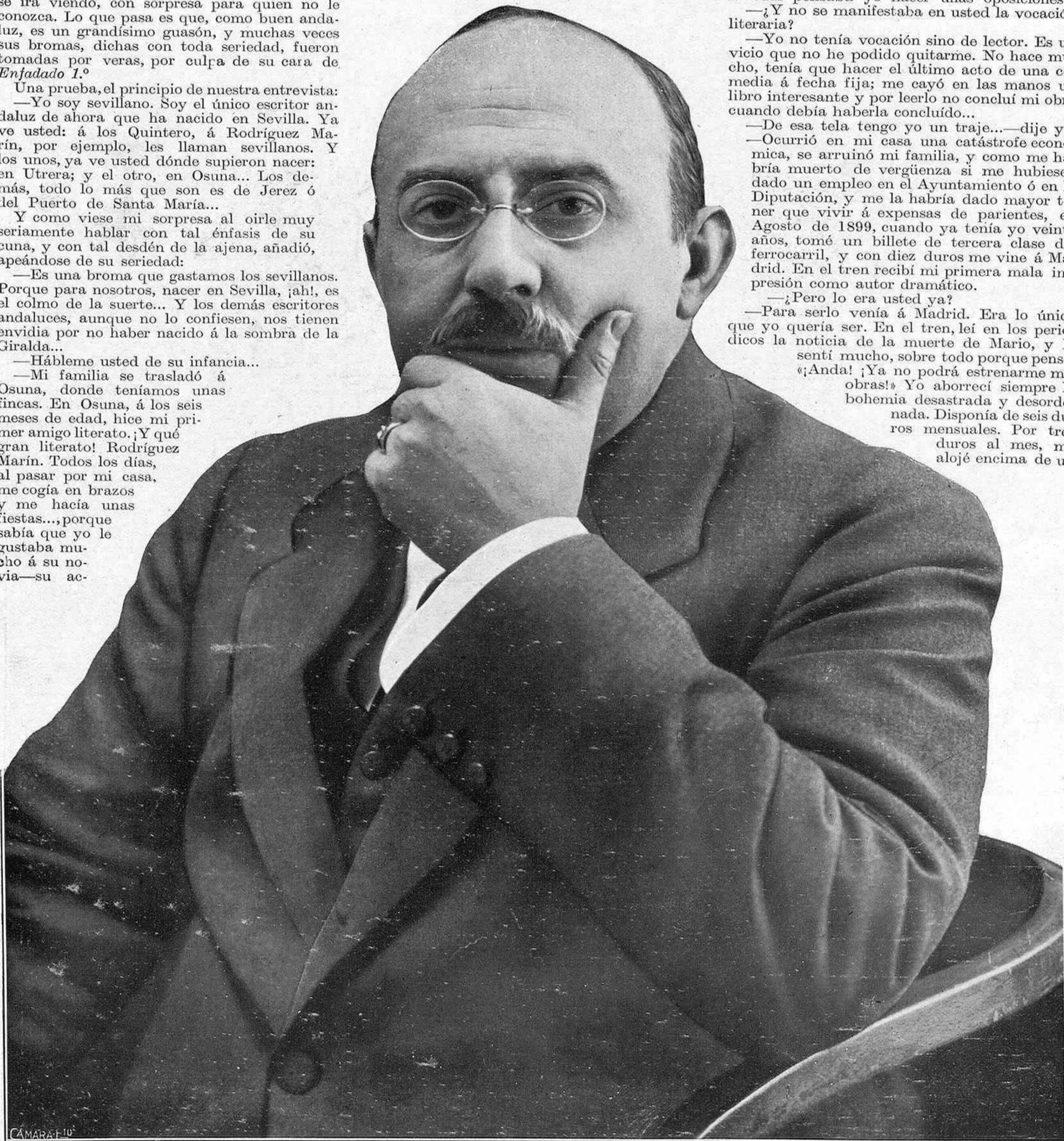
—De esa tela tengo yo un traje...—dije yo.

—Ocurrió en mi casa una catástrofe económica, se arruinó mi familia, y como me habría muerto de vergüenza si me hubiesen dado un empleo en el Ayuntamiento ó en la Diputación, y me la habría dado mayor tener que vivir á expensas de parientes, en Agosto de 1899, cuando ya tenía yo veinte años, tomé un billete de tercera clase del ferrocarril, y con diez duros me vine á Madrid. En el tren recibí mi primera mala impresión como autor dramático.

—¿Pero lo era usted ya?

—Para serlo venía á Madrid. Era lo único que yo quería ser. En el tren, leí en los periódicos la noticia de la muerte de Mario, y la sentí mucho, sobre todo porque pensé:

«¡Anda! ¡Ya no podrá estrenarme mis obras!» Yo aborrecí siempre la bohemia desastrada y desordenada. Disponía de seis duros mensuales. Por tres duros al mes, me alojé encima de un



JOSÉ LÓPEZ PINILLOS

altísimo tejado de la calle de la Gorguera...

—¿No había alojamiento más cómodo?

—Era un estudio que se hizo un pintor loco: dos paredes de fábrica de ladrillo y dos de cristal y el techo de cinc. En invierno me helaba, y en verano..., á las diez me despertaba el ruido de mi sudor friéndose y friéndome. Entonces huía á vestirme á la escalera... Con los dos reales diarios que me restaban, me mantenía—pan y queso fué mi alimento una larga temporada—, y si había que lavar ropa interior, me quedaba sin comer hasta saldar el déficit. Porque yo he tenido horror á aparecer con el cuello y los puños sucios y á pedir dinero á nadie... ¡Como que mi mayor preocupación era que se me concluyesen los tres trajes que me traje de Sevilla!, por miedo á salir á la calle mal vestido, preocupación de señorito, y nada extraña, porque mi abuelo era millonario... Al poco tiempo de llegar aquí, acabé un drama. Se titulaba *Fuego y ceniza*. Lo estrenó Fuentes, con otro título, *El domador de sí mismo*, porque el otro no gustó en el Español, en Marzo de 1900; es decir, antes del año de mi llegada á Madrid. Fué un éxito. Era una obra influida por el teatro de Echegaray, que entonces estaba en boga. Yo, que soy el autor que más miedo pasa en los estrenos, aún me asusta ahora la inconsciencia con que yo acudí á aquél. Entonces hallé uno de los pocos protectores que he encontrado en mi vida: Berriatúa, el empresario, me presentó á Romero Robledo. El famoso político antequerano recordó que había conocido á mi padre en París, y manifestó mucho interés por mí. Me invitó á almorzar. Después del almuerzo me llevó en coche á Gobernación; le pidió al ministro, que era Dato, un destino para mí. Excuso decirle que desde entonces mi Dios era Romero. Me dieron una cosa de esas de temporero: un duro diario, que entonces casi era una buena posición social. Dato me presentó á Javier Betegón, que era el jefe de mi Negociado, el cual me contestó, al preguntarle qué había que hacer: «Pues aquí puede usted venir por las mañanas á escribir sus comedias. Hay muy buenas cuartillas. Y luego, á primero de mes, á cobrar.» A mí, que me ha gustado el dinero honrosamente ganado, no me hizo gracia la respuesta. Me parecía que robaba al Estado. No tuvo mucho tiempo de remorderme la conciencia, porque al mes cayó el Gobierno y me quedé sin mi destino. Mi obra no dió una peseta. Pero eso no fué obstáculo para que yo hiciese un viaje triunfal á Andalucía. Me traje unos cuartos. Le leí un drama á D. Federico Balart. Quería estrenarlo, y me acotó con lápiz azul lo bueno y lo malo para que modificase lo segundo...

—¿Ha estrenado usted esa obra?

—No. ¡Ni la puedo estrenar! Porque lo curioso es que lo que á D. Federico le pareció bueno, ¡á mí me pareció luego muy malo!... Antes de que se me acabasen los cuartos, me fui á ver á Romero Robledo. ¡Mientras él existiera no tengo por qué apurarme!, pensaba yo. En aquella visita me recibí paternal. A la otra, menos paternal; á la otra..., ¡no estaba en casa!... Por fin logré verle. Friamente, me dijo que había hecho por mí cuanto podía hacer... Es verdad que su levísimo padrino le valió más bombos que á mi obra: todos los periódicos hablaron del gran corazón del político que había tendido la mano á un literato incipiente... Entonces pensé hacerme periodista, nada más para capear el temporal y hacerme un nombre que me abriese las puertas del teatro. Entré en *El Globo*, de Ríu. Me hacía yo solo el Congreso, y sesión hubo, como una en que se metieron furiosamente con Suárez Inclán, en que trabajé desde las tres hasta las diez de la noche...

—¿Con qué motivo se metían?

—Como fui yo el que hice el extracto de la sesión, ni me enteré. ¡Ah! Diga usted que fui el inventor de las tempestades nasales en la

tribuna de la Prensa, para castigo de diputados lateros. En cuanto se extendía uno, empezaba yo: «¡Uuummm!», y me seguían los demás, ante la estupefacción de los diputados. Al concluir el mes, me dijeron en el periódico que fuese á cobrar, porque era un gran periodista, y me encontré con ¡tres duros mensuales de sueldo! Lo rechacé, porque era el salario de una criada de cuerpo de casa. Entonces, el hermano de Ríu, el administrador, me ofreció siete duros. Pensé que era el salario de una cocinera, y no me pareció mal un sueldo de cocinera. Al otro mes me ascendieron y llegué á ganar el máximo: veinte duros. Sueldo superior al mío no había más que el del fenómeno del periodismo, Dionisio Pérez: veinticinco. Creo que también ganaba lo mismo Delgado Barreto, que como redactor-jefe demostró ya entonces que era un notabilísimo periodista. También pertenecían á aquella brillante redacción: *Azorín*, que no hablaba con nadie más que conmigo, no por orgullo, sino por timidez, porque es uno de los hombres más buenos; Pedro de Répide; Maeztu, que de vez en cuando ponía el paño al púlpito para decir extravagancias geniales, y Aguilera y Arjona, que era el repórter político y que ya



José López Pinillos con su señora y sus hijos

FOTS. CAMPÚA

entonces demostraba el gran talento que tiene. De *El Globo* pasé á la *España*, de Troyano. Entonces se abrió el primer concurso de comedias de *El Liberal*. Me premiaron una: *El Pantano*. Pero se perdió, y entonces el insigne Miguel Moya me nombró director de *El Liberal* de Bilbao—donde hacía las conferencias telefónicas al admirable parlamentario Indalecio Prieto, entonces un desconocido—, en espera de poder traerme al de Madrid, en el que entré luego de cronista, porque en el bilbaino tuve la suerte de acertar. De pronto se puso enfermo Arimón, y me encargaron la crítica de teatros... Fué un perjuicio para mí. Desde aquel instante, por dignidad, yo mismo me cerré las puertas de los teatros. Me parecía incompatible el ser crítico y autor. Y á la vez, por altivez, porque no creyesen que trataba de abrimelas con severidades, ¡no hice más que dar bombos! Yo soy el hombre que más bombos teatrales ha dado. Y ahí está Escudero, que me había rechazado tres obras, y puede atestiguar que le bombeé cuanto estrenó en su teatro. Y lo mismo puede atestiguar Ceferino Palencia.

—Y *El Pantano*, ¿costó mucho de estrenar?

—Se había perdido, y lo rehice; pero por más que quise recordarlo, no pude y no salió como la primera vez. Aceptando, agradecido, una amable y sincera invitación de Díaz de Mendoza, le mandé *El Pantano*, dando ya como cosa segura su estreno. Me lo devolvió con una carta, que conservo, diciéndome que no le gustaba por pesimista en exceso, pero que como manifestaba en el drama condiciones asombrosas de autor, para demostrarme su estimación, y para que yo le demostrase que no tomaba á mal su juicio, me rogaba que le enviase otra obra, con la promesa firme de estrenarla. Yo me encon-

traba en un momento crítico de mi vida. Y á aquella carta tan razonable y tan estimable del insigne actor, contesté con una absurda, que me valió estar sin hablarnos hasta no hace mucho. Fué el error más grave de mi vida: lo he pagado con diez ó doce años de retraso en mi carrera de autor. Una atención le debo: que no obstante nuestra ruptura de relaciones, no me suprimieron nunca mi butaca en su teatro...

—¿A quiénes ha debido usted más alientos?

—Cuando todos me auguraban que no sería nunca autor de público, porque mi teatro era de una violencia inaguantable, Tallaví, en el Español, me estrenó *El Pantano*, y el gran Galdós, al final de la temporada, hizo un resumen crítico de los estrenos allí celebrados, y me dedicó unos elogios y me dió unos ánimos que me conmovieron y me estimularon á seguir mi camino... Después de *El Pantano*, llegó á Madrid el inmenso artista é inmenso corazón Enrique Borrás. Le leí el primer acto de *Nuestro enemigo*, y sin aguardar más lectura, me dijo: «Te lo estrenaré, sean como sean los demás actos. Este solo vale por dos comedias.» Lo estrenó, y fué un éxito enorme suyo, personal, que yo compartí. Yo le debo á Borrás el ser autor,

porque no me faltaron nunca su fe ciega en mí y su afecto decidido, al que nunca podré corresponder de tanto como querría devolverle. También estoy muy reconocido al gran Morano, del que no puedo olvidar su magistral labor en *El Condenado*, en el cual, no obstante haberle dado yo solamente dos ensayos á la obra, estuvo colosal como actor y como director.

—¿Cómo ha reanudado usted su amistad con los empresarios de la Princesa?

—Cuando se estrenó *Escalavitud* en Barcelona, se me ofreció un banquete, al que acudieron todos los escritores catalanes con don Angel Guimerá á la cabeza. Cuando el insigne dramaturgo catalán estrenó en la Princesa *El alma es mía*, yo acudí al saloncillo, donde no había vuelto á poner los pies desde mi ruptura, á felicitar á Guimerá. Don Angel me preguntó qué me había parecido Fernandito; y yo, sinceramente, contesté que muy bien. Porque creo que Fernandito será un gran actor... Le sobran condiciones...

—Y yo también—interrumpí—, en cuanto sepa dominar su nerviosidad, demasiado humana. Y lo estampo aquí, seguro de hacerle más favor que lisonjeándole, porque creo al joven actor con condiciones y ambición para perfeccionarse, ó dejaría de ser artista, y no en vano es hijo de grandes artistas.

—Saludé á Fernando con la natural cortesía; entró luego María Guerrero y tuvo la generosidad de preguntarme, con esa naturalidad femenina que acorta todas las distancias: «¿Cuándo escribe usted algo para nosotros?» Le contesté, agradecidísimo, que para mí sería el más alto honor artístico. Porque creía y creo firmemente que en España nadie se puede llamar autor dramático de veras sin que la Guerrero le haya estrenado una obra..., porque María Guerrero es la más alta gloria de la escena nacional, y no creo que nadie tenga derecho á molestarse por decirlo yo. Es más: creo que á escribir pensando en María Guerrero debo un acierto de *El caudal de los hijos*. Me censuraban que no había sabido pintar en mi obra dramática ninguna mujer... Por la Guerrero he sabido crear el tipo de Isabel.

—¿Y los críticos?

—Estoy agradecido á todos, aunque alguno hasta hace pocos estrenos aún me aullaba...

—Sin pensar—añadí yo—que aullaba al primer dramaturgo español de hoy, que si algún defecto tiene, es el de saber construir demasiado, demasiado bien sus comedias...

—¿Que quién le ha calificado de tal?... Se lo oí decir al magno ingenio de D. Benito Pérez Galdós, después del estreno de *El Pantano*...

E. GONZALEZ FIAL

UNA NOVELA
DE FRANCÉS

"LA RAÍZ FLOTANTE"

José Francés, nuestro entrañable compañero, acaba de publicar una nueva novela, *La raíz flotante*, con cuyo prólogo honramos esta página. No ha de quitar la viveza del afecto justicia al elogio; que la amistad, cuando es honrada, se ennoblece si va seguida de la admiración.

Cariño de camarada y fervorosa admiración a su arte de escritor nos unen a José Francés. Francés es algo nuestro, que va unido a lo mejor, a lo más amado y vivo de nuestra actuación periodística. Desde el primer número de LA ESFERA, el nombre de José Francés es insustituible sostén y orgullo de estas páginas.

Con *La raíz flotante*, la personalidad de este gran escritor, uno de los más



recios temperamentos literarios contemporáneos, se presenta con un nuevo aspecto. *La raíz flotante* es una novela henchida de interés humano, con caracteres y pasiones reales, engarzados por un alto anhelo espiritual. Novela de acción que tiene el raro mérito de subrayar desde el primer instante el interés del lector, es al mismo tiempo una obra poética, en la que con el fervor de un amante y el cuidado exquisito y lírico de un gran artista, se exalta, canta y gloriifica el alma de Asturias, que es en *La raíz flotante* como el motivo capital de una sinfonía, rimada con el estilo vigoroso y de una rara plasticidad que es en José Francés su más definida característica literaria.

¡BAMOS—¿te acuerdas?—siguiendo la línea ondulante y el silencio solitario de la playa.

La arena era como un afecto hondo y angustioso que nos retenía primero y luego llenaba de lágrimas nuestras huellas. Porque los pies preferían caminar allí, cerca del rumor y de la amenaza deshecha en blanduras de sedas y encajes desgarrados suavemente. No en la parte media, que se afirma cuando la pleamar está remota aún. No en la parte alta, seca, áspera, que aguarda inútilmente las olas y donde crecen los juncos marinos agudos y frescos, y saltan los animalejos de cuerpo transparente.

Solos nosotros en la playa dilatada, olvidada de los frívolos de los mediodías, de los humildes contempladores de otras tardes. Los paréntesis terrales que la cerraban estaban tan distantes que parecían brazos de bruma implorando corvos el horizonte.

Y el cielo descendía en una doble penumbra de véspero adelantado y de galerna inminente. Detrás, delante, a nuestra izquierda, el arabesco bárbaro, la odorosidad acre de las algas tenían sobresaltos isócronos al llegarles el agua. Se encogían en sí mismas, se las notaba sufrir con la resistencia a volver a las profundidades glaucas y el deseo de morirse allí, sedientas y secas, rotos y flácidos sus talos; con el ansia engañada de flotar otra vez en los amplios y movibles valles marinos ó reintegrarse a las selvas polícromas, blandas y brillantes. Cuando las horas futuras, sorbida su entraña jugosa por el sol urente, tendrían la neblina incierta de los mosquitos. Entonces, bajo el cielo convulso como el mar, no veían bullir entre sus tentáculos oscuros y vesicados aquellas graciosas burbujas efímeras de las tardes claras, cuando tiembla el iris en ampollas de espuma.

Había tantas algas, que nuestros pies era como si pisaran moribundos palpitanes. Y resbalaban como sobre sangre.

No hablábamos—¿te acuerdas?—. Ibamos empujados por el viento y estremecidos de un horror grandioso. Truenos en el agua, truenos en las nubes, y, a las breves pausas, como a las breves fulguraciones cerúleas, los pinos se quejaban y se agitaban desde lo alto del ribazo dunal.

Lejos del mundo, la galerna nos encontraría

en un ofertorio extasiado. Débiles, inermes, éramos como dos corazones que latieran juntos, libres de toda carnal envoltura, de toda fatiga de recuerdos, de toda zozobra de esperanza. Y en cada corazón unas pupilas hambrientas de mar y de cielo.

Ya los asaltos tumultuarios no tenían el color azul ó verde, con sus juglerías blancas. Eran dorsos relucientes de bestias negras, babas terrosas, como si el huracán hubiese entrado hasta el suelo del abismo abisal y hubiera arrancado la arena dormida desde hacía siglos. El cielo casi nos rozaba las frentes y las oprimía y las enfriaba más allá de los huesos y del pensamiento cuajado de trágica magnificencia.

¿Crujían velámenes? ¿Suplicaban hombres? ¿Bramaban sirenas metálicas? ¿Lloraban sirenas quiméricas? Acaso.

Nos detuvimos—¿te acuerdas?—para mirar hacia los dos términos. El de partida estaba oculto de distancia, de bruma y de noche. El de arriba todavía estaba oculto de noche, de bruma y de distancia. La consciencia de nuestro voluntario desamparo nos dió el orgullo de sabernos solos, de disponer de nuestra posible muerte sin que nadie se inclinara malsano sobre el espectáculo de vernos morir. Ni el mismo Dios, ciego por la tempestad.

Y entonces anduvimos más despacio, con una lentitud de paseantes que a la orilla de un mar amable buscan conchitas triviales de un nácar que se deshace entre los dedos. De cuando en cuando el ademán de espigadera y de vagabundo que se inclinan para coger los residuos de las cosechas, ó del paso de los hombres. El mar nos golpeaba los pies con piedrecillas, nos azotaba con algas, nos helaba con su agua, que, sin embargo, parecía hirviente.

De pronto, un silencio, una paz, una quietud, de tal manera anchos, entoldaron la playa y acallaron todo, que nos miramos sorprendidos y lívidos. ¿Era aquello la liberación vital, ó el tránsito al no ser? No. Fué sólo el suspiro de la galerna, el tomar aliento para el asalto. En seguida la lluvia sobre los lomos relucientes del mar, sobre la paciente sordera de la playa, sobre nosotros, que nos sentimos dignos de aquella cólera...

Seguimos—¿te acuerdas?—, lívidos, ardiendo

tes y húmedos los rostros, ateridos los cuerpos, las manos crispadas porque desdeñaban la imploración. Nunca tan succionador el contacto de la arena mojada contra nuestros pies; nunca tan olorosa a mar la playa cuando pretendía arrasarla la otra agua del cielo.

Telones de viento, telones de lluvia, íbamos acometiendo a través de la noche. Ya no había pinos, ni dunas, ni olas, ni algas. Todo era una palpitación caótica y oscura.

Y contra mi pierna, como un proyectil, chocó algo que recogí del suelo. Estaba todavía restornado de la espuma de la última ola que me le lanzara. Te lo ofrecí como una flor.

Y tú sonreíste al despojo informe.

Era una raíz seca en su entraña, húmeda en su superficie; encogida como por un calambre doloroso. Sin hablar la mostraste a la doble mirada de nuestras pupilas traspasadas de lluvia. Y entonces vimos que aquella raíz desgajada de no sabíamos qué lejano terreno, flotante acaso años en el mar, tenía una espectral semejanza humana. Un hombrecillo con rostro torturado, con la actitud dolorosa de un esclavo a quien ataran los brazos sobre sus propios riñones, ó de un peregrino que subiera encorvado cumbres estériles.

¿Dónde estaba el árbol que se alimentó de aquel pedazo de madera viscosa? ¿Qué campo riente ó adusto sombreara? ¿Qué fiestas ó qué batallas presenció? La inquietud de su vida pretérita fué más fuerte que el peligro de nuestras vidas actuales. Y cobijamos la raíz enigmática, como a un hijo, defendiéndole de todo lo que no temimos para nosotros: el huracán, la lluvia, el mar, la noche...

ooo

Fué algún tiempo después—¿te acuerdas?—cuando, resignados otra vez a la vida cotidiana, en el refugio hogareño de la ciudad sin mar, sin monte y sin galernas, contemplamos la raíz que flotó sobre las olas, la raíz naufraga.

Era más humana ya, más atormentada y elocuente su forma. Y de esa raíz que ya no habría de ser fructífera para crear un nuevo árbol, yo me atreví a intentar una novela...

José FRANCÉS

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ESFERA
DE LA TOMA DEL ZAIO



La toma del Zaio ha sido una de las últimas operaciones efectuadas por las tropas españolas sobre el suelo africano para proseguir el avance y la reconquista de los lugares que se perdieron en días de luto para nuestra patria. Después de la ocupación se presentaron á los jefes de nuestro ejército numerosos kabileños solicitando el perdón y pidiendo que se les autorizase para volver á sus kabilas. En nuestra fotografía aparece uno de los jefes moros esperando en la puerta del Zaio la resolución de nuestras autoridades militares

FOT. DÍAZ

L A M U Ñ E C A

L OLITA era una nena sonrosada y rubia, con ojos azules y labios de carmín.

Contaba cinco años y algunos meses, pero tenía todo el aire de una persona mayor.

En muchas ocasiones, con sus preguntas y sus ocurrencias, había dejado estupefactas á las comadres de la vecindad. ¡Qué mocosa! ¡Lo que sabía! Si parecía una mujer en pequeño...

Los autores de los días y de las noches de Lola eran gentes humildes. El padre, Antonio, ordenanza de una oficina del Estado; la madre, Mari-Juana, costurera y modista de escaso mérito. No tenían más hija que aquella y la amaban sobre todas las cosas. Por eso sufrían lo indecible cuando la veían contemplar con ansiosas miradas los juguetes inventados para divertir á los niños ricos. Ella, la madre, hubiese dado algunos meses de vida á cambio de una de esas magníficas muñecas que dicen papá y mamá.

¡Una buena muñeca! ¡Y poco que á D.^a Lola le agradaban las buenas muñecas! Como que no pensaba en otra cosa desde el día en que estuvo jugando con la señorita del piso tercero, dueña de un bebé que parecía de verdad.

¡Caramba! ¿Por qué no había de tener ella una preciosidad semejante? Sí. Porque aquellas *peponas* que en solemnes ocasiones le habían regalado sus padres y parientes, sólo podían ser del agrado de una chica de pueblo. Eran tan ridículamente feas... Lola no quería sino un bebé hecho como Dios manda que se hagan los bebés. Con la cara y las manos de porcelana fina; con el pelo de hebras de seda y los ojos movibles. Una moña capaz de sentarse como las personas mayores; un rorro que cuando su amita quisiera pronunciase alguna palabra que otra. Y que pudiera llorar. Que llorase también apretándole un muelle chiquitín escondido en el fondo de la tripa.

Por desdicha, los juguetes de tal clase costaban siete ú ocho duros, y con ese dineral se podían adquirir infinitas cosas que, según opinión muy generalizada en nuestro país, *desgraciadamente*, eran más útiles que el mejor bebé. Por eso no le compraban el suyo, aunque tantas veces se lo habían prometido.

Pocos días antes de Nochebuena jugó Antonio diez reales á la Lotería. Si le caía el gordo, buena porrillada de duros iba á entrar en la casa. Lola rezaba mucho para que saliese premiado el siete, siete, noventa y uno, porque entonces ella sería completamente feliz. ¡Virgen del Carmen—decía siempre que terminaba sus oraciones—, te prometo ser muy obediente y aprender de memoria el «Bendita sea tu pureza» si á papaíto le cae un premio de importancia!

Pero, ¡quién! no le cayó. ¡Allí estaba la suerte sentada, esperándoles á ellos! Ni siquiera el reintegro de las dos cincuenta lograron pescar.

Aunque lo disimularon bastante, Antonio y su mujer tuvieron un disgusto morrocotudo; pero el de Lola fué de los que hacen época en una vida. Considerándose poseedora de una de las mejores muñecas del Bazar London, se había entretenido en hacer para ella multitud de vestidos y enaguas y camisitas... ¡Pobre modista en agraz! ¡Infeliz madre que se afana cosiendo las envolturillas del niño que no ha de nacer!

Viendo á su amada pitusa triste y llorosa, á la *señá* Juana se le ocurrió una idea excelente. Lola debía procurarse una alcancía para guardar las seis pesetas que constituían sus ahorros y los dinerillos que en lo sucesivo se pudiera agenciar, y con buena conducta, al cabo de algún tiempo tendría el capital suficiente para realizar su sueño dorado.

Nada más fácil que hacer cesar las tribulaciones de la infan-

cia. Consolada inmediatamente la chicuela, hizo que su padre le mercara una hucha enorme, y desde el primer momento se dedicó, sin sosiego ni descanso, á sablear á parientes y amigos.

A pesar de todo, al terminar Octubre el caudal de la rubiales no excedía de cinco duros.

Lo sabía porque, de cuando en cuando, valiéndose de una horquilla de las grandes, sacaba las monedas de su encierro y las contaba con el detenimiento mayor.

Para adquirir la dichosa muñeca todavía tendría que esperar medio año. Quizá más.

Y lo peor fué que, bien á costa suya, no esperó tanto tiempo. A principios de Noviembre Lolita cayó enferma, tan enferma que, á pesar de lo bien que tomaba los medicamentos para que le diesen algunas perrillas, Mari-Juana y Antonio llegaron á desconfiar de que escapara de las garras de la Muerte.

Así terminó el mes y llegó el momento en que, al contar sus riquezas, observó la rubilla que sólo le faltaba un triste pesetón para poder comprar su bebé.

¡Ocho reales, únicamente ocho reales! No es posible referir las gitanadas que se le ocurrieron para que su madre se los prestase y fuera inmediatamente por la dichosa moña. No le valió á la buena mujer ninguna excusa. Desde que estaba enferma, la niña se había vuelto de una intransigencia insoportable, y porque «no tomara una rabieta de las suyas», aunque estaban las dos solas en la casa, Mari-Juana se decidió á partir. Entonces Lola le dió sus últimas instrucciones. Que la monina fuese rubia y tuviese, como ella, los ojos azules... Los hijos deben parecerse á sus papás.

Bien. Después de haber prohibido á la chiquilla moverse de la cama, la pobre madre se echó sobre los hombros el mantón y salió corriendo.

No habría llegado á la calle aún, cuando Lola, sacando del cajón de la mesa de noche las ropitas liliputienses que con tanto entusiasmo había hecho el año anterior, se puso á examinarlas.

La verdad que aquellas prendas no estaban muy bien cosidas y que nada tenían de elegantes; mas por lo pronto la señorona se habría de conformar. Después, ya se la vestiría como á una emperatriz.

Lo principal era encontrar un buen trozo de hermosa seda encarnada ó azul y unos pedazos de encaje de oro.

Saltando del lecho, sin otro ropaje que su camisilla, escudriñó la niña los tres cajones de la cómoda; no halló nada á su gusto. Revolvió el armario; perdió diez ó doce minutos inútilmente. Vacío el baúl mundo de la familia; ídem..., ídem..., ídem.

Entonces rompió á llorar de rabia. ¡Señor, por qué serían ellos tan pobres!

Como aquel día hacía bastante frío, de repente comenzó la nena á tiritar, y acordándose de las recomendaciones maternas tornóse á la cama, dejándolo todo en el mayor desorden.

A los pocos minutos entró la *señá* Juana gritando:

—¡Lola! ¡Lolita! ¡Aquí tienes tu adorado bebé!

La pequeña no contestó.

—¡Niña! ¡Corazón mío! ¡Lola!—repitió, llorosa, la madre.

¡Que si quieres! La enfermita tenía el sueño tan pesado, que, asustada, Juana salió á la escalera en demanda de socorro.

Al oír sus voces acudieron, llenas de curiosidad, algunas vecindonas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué fué?

—Mi hijita se muere—contestó, entre gemidos, la madre.

Corrió en busca del médico una mozuela y comentando el suceso entraron las demás mujeres de la casa.

—¡Pobrecita pitusa! ¡Qué pena para el pobre Antonio! La verdad es que no somos nadie. ¡Hay que ver, Señor, hay que ver!

De pronto cierta abuelilla notó que el ángelito movía los labios como para hablar.

—La criatura pide algo—exclamó.

¡Dios misericordioso y mil veces bendito! ¿Qué pediría la inocente?

Inclinada sobre ella, su madre la oyó decir:

—Mamina guapa..., papá..., la muñeca...

Mari-Juana se la entregó al instante:

—Toma, cariño mío, toma. Mira qué linda es. Mira cómo te tiende los bracitos. Repara cómo brillan sus cabellos al sol.

Agarró Lola con temblorosas manos el juguete, se lo acercó á la cara y, no distinguiéndolo bien, aunque la pobre chiquitina tenía muy abiertos los ojos, gritó con sumo enfado:

—¡Abre el balcón! ¡No veo!

Entonces Juana, comprendiendo que estaba agonizando su hija, perdió el sentido. Sacáronla de la alcoba las vecinas para socorrerla más fácilmente, y la moribunda, advirtiendo que de ella nadie hacía caso, acercó su boca con inmenso amor á la boca de la muñeca y, al darle el primer beso, lanzó un suspiro y se le escapó el alma camino de un mundo mejor.

José FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS



LA MODA FEMENINA

REFLEXIONES DE UNA MUJER SENTIMENTAL

Si es cierto que el cielo está empedrado de buenas intenciones, no lo es menos que la vida está sembrada de desengaños; por lo menos para los que son de un espíritu contemplativo y amantes de la tradición.

Jamás he comprendido el por qué de esos aspavientos contra la reacción y ese afán por fundar periódicos liberales y Asociaciones ultramodernas, cuya finalidad aparente ha sido la de acelerar la marcha del Progreso, siendo así que la vida es la que, á fin de cuentas, se encarga de obligarnos á cambiar de ideas, y ello con una rapidez mucho más acentuada que la que pretendemos imprimirla nosotros.

A lo que oigo y veo, resulta que los que en este sentido más corrieron son los primeros en descubrir que la novedad que buscaban y por la cual luchaban dejó de serlo hace mucho tiempo, ya que otras generaciones de hombres creyeron hallarla y tuvieron ocasión de olvidarla en diversas ocasiones y en épocas muy lejanas de la nuestra.

Estas reflexiones no han sido inspiradas por los conflictos sociales mundiales del momento, de los que nada entiendo, sino por algo más frívolo en apariencia y más profundamente filosófico en el fondo: por la Moda... La Moda, sí, esa influencia revolucionaria y demoledora que con deliciosa inconsecuencia sostienen, defienden y amparan los más acérrimos partidarios de la reacción en las ideas.

En estos instantes, por ejemplo, la Moda ha dado al traste con algo que todos juzgábamos como una institución inamovible: la media de seda...

Sin previo aviso, sin una amenaza preparatoria, se ha asestado un golpe mortal á esa prenda exquisita, de tejido sutil, por cuya posesión mostrábase la mujer dispuesta á sacrificar no sólo otras prendas de vestir y de lujo, sino su tranquilidad material y moral.

La media de seda pasa de moda y, por lo tanto, deja de cautivar y atraer al elemento femenino y de proporcionar pingües ganancias á los que sobre tan frágil base fundaron sus esperanzas de lucro. La substituye lo más opuesto, lo más contrario á su frívola belleza: la media de lana... En la Moda, las revoluciones son siempre radicales.

La media de lana, hasta aquí expresión de todo lo severo y austero, enemiga de ese espíritu de coquetería que creíamos inseparable del indumento femenino; la media de lana, ó, lo que es lo mismo, la media de la mujer aldeana, de la reumática, de la sufragista militante y de la vendedora de encajes y vainicas de Lagartera.



¿Se quiere reacción más violenta?

La nueva moda es oriunda de Inglaterra. ¡Ah!...—dirán muchos—Ahora se explica todo; pero... no se impondrá. Pues sí se impone. París se ha apresurado no sólo á admirarla, sino á recogerla, y todas las mujeres elegantes se desviven hoy por lucir este último, no ya grito, sino escarnio cruel de la Moda, en sus paseos matinales por el Bois y en sus correrías por la Rue de la Paix y el Boulevard

des Italiens. Las adictas á los otros bulevares aún no se han declarado á favor de la innovación; pero, ¿qué son ellas contra las sostenedoras de la Moda, en el sentido más amplio y gráfico de la palabra?

La media de lana, ahora en boga, es, dentro de lo que cabe, bastante coqueta, y no deja de favorecer, claro que á las que tienen la necesaria finura de tobillo. Las que más se llevan son de tonos muy claros: gris con un dibujo en blanco; «beige» con unos lunarcitos en marrón; verde esmaltado de leves rayas en un delicado tono malva, acompañándole siempre el zapato escotado de charol, bien de color, bien negro, y con el que forma un conjunto de innegable elegancia.

Pero..., ¿qué haremos de esa otra prenda, frágil y tan atrayente en su exquisita frivolidad, á la que pretende substituir por completo?

Las mujeres españolas difícilmente se avendrán al cambio. Ellas, tan adictas á la exquisitez del calzado, tan dispuestas á sacrificar su comodidad en aras de la elegancia, se resistirán á una modalidad que no encaja, desde luego, en nuestros ideales estéticos. Sin embargo, si quiere pasar por mujer á la moda, no tendrá más remedio que conformarse.

A mí lo que más me preocupa es lo que dirán ó pensarán, si están dotadas de facultades para ello, cosa que al fin nada tendría de particular, esas piernas de cera cuyas rosadas y exuberantes formas, animadas por una suave luz interior, han venido de algún tiempo á esta parte atrayendo las miradas de tantos transeuntes á los escaparates de las tiendas de modas. ¿De qué les servirá, á partir de este momento, su escultural contorno y rosado color?

La media de lana no sabrá transparentar sus mórbidas redondeces. Y menos mal que las faldas, más largas, no exigen tanto lujo como hasta aquí en lo que al calzado se refiere. Yo soy de las que celebro el retorno del traje de líneas severas. La moda «pimpante» que hemos venido soportando estaba muy bien para esas mujeres, desgraciadas al fin y al cabo, que no pasan nunca, que no pueden, por su tipo, pasar nunca de los quince años...

Una mujer elegante ha de vestir con sobriedad, tanto en la calle como en los salones ó el teatro. El sombrero es, quizá, el detalle en que la mujer demuestra su buen gusto. El traje de noche ha de tener una línea graciosa y ligera

UN ÍDOLO MENOS



Fuente de la Tripona, en el Retiro

FOT. CORTÉS

La fuente de la Tripona, en el Retiro, no ostenta ya coronando su traza monumental el ídolo egipcio que sobre una columna truncada remataba su fábrica y presidía en un trono de follaje la tersa superficie del estanque grande.

Era un ídolo que dominaba su lugar desde los tiempos del absolutismo. Fué cuando Fernando VII quiso restaurar y adornar según el gusto de la época casi todo el Retiro, sobre todo en la parte que hasta la Revolución de Septiembre vino luego siendo reservada á la Real familia.

De entonces es la montaña rústica con su gruta en la entraña y coronada por el mirador que fué llamado «la escribanía», por su semejanza con los recados de escribir que entonces se estilaban en las mesas de los despachos. De entonces son también las casas del Pobre y del Pescador y del Contrabandista, y eran la Perla Rústica ó Casa Persa, ya desaparecida. Y la torrecilla chinesca que daba nombre al estanque de las Campanillas. Y la Casa de Fieras, que ahora ha sido renovada.

La fuente de la Tripona, aunque no tenía el prestigio terapéutico de las fuentes de la Salud, cuya agua era la misma que iba á salir luego en un patio del Monasterio de Atocha, ostentaba, en cambio, la gracia de su hieratismo decorativo. Aquel estanque grande, con sus cuatro norias angulares encerradas en templete, que á Dumas se le antojaron capillas, y su embarcadero, donde se guardaba la regia falúa, única que podía surcar las severas aguas del lago histórico que vió las naumaquias y las fiestas teatrales flotantes en los días de Don Felipe IV, parecía sometida á la vigilante protección del ídolo que se alzaba vigilante y anacrónico.

Ese ídolo era Osiris, que autorizaba con su presencia la oronda efígie de Canope, la cual se halla todavía en su hornacina, aunque, á pesar de su apariencia de figura hidrópica, ya no surte el agua que salía. La obesa deidad que en el Egipto era el vaso donde se guardaban las entrañas de los muertos, no tiene aquí dentro nada que sea sagrado. Cesó ya de ver á los sedientos acercarse al caño buscando la clara y fresca linfa. Ya no la queda más que lo grotesco de su hinchazón.

Poco importa que desaparezca ó que siga en su nicho esa inflada divinidad inferior, imagen abandonada é inútil. Poco importa que arriba, en los extremos del muro, dos esfinges descascarilladas esperen en vano el retorno del ídolo superior á su pedestal de siempre. El monumento que se hizo para fuente, y ya hacía tiempo que no cumplía su fin, ha quedado roto y romo al faltarle la figura majestuosa que le coronó tanto tiempo.

Y es que el ídolo anacrónico é hierático estaba muy en su lugar cuando navegaba única en el estanque la falúa principesca y no irrumpía, bulliciosa, la muchedumbre popular bajo la fronda del real bosque. Solamente al amparo de un secreto artificioso puede sostenerse un figurón toscamente fabricado en deleznable materia. Ni el arte ni la idea le daban una razón de ser.

¿Quién le derribó? ¿Quién le arrancó de su pedestal? Aunque fuesen las manos de los hombres, puede decirse que fué él mismo quien se derribó á sí propio. Si no representaba un gran concepto generoso; si no era una forma de la eterna belleza enriquecida por su permanencia en el mármol ó en el bronce, ¿qué hacía allí aquella pobre estatua de ripio y de caliche?

Mientras duró la burda pintura que la embarnaba, ese Osiris de guardarropía pudo embarnar el equívoco á una distancia respetable. Pero, al fin, empezó á desteñirse y á resquebrajarse entre la chacota del pueblo soberano, que tenía ya ocasión de verle de cerca. ¿De qué había servido en tantos años de afirmarse sobre el arranque de una columna de Pesto? ¿A quiénes había educado ó confortado con su símbolo? ¿A quiénes había elevado el espíritu con la contemplación de su plástica armonía? ¡Triste ídolo quebradizo, de un credo remoto y de una autoridad inútil!

Ha desaparecido ya. Acaso en algún rincón del parque, donde yacen esparcidos sus pedazos, pugne por reunirlos y adoptar de nuevo la ficción de su soberanía, escalando otra vez el pedestal vacío. Pero, ¿qué conseguirá él, que no es más que yeso y cascote, si los grandes hombres de la Historia, después de caídos, no consiguieron volver al esplendor pasado? Nació la República de Roma por culpa de los tiranos, ya fueron vanos todos los esfuerzos de los Tarquinos para recobrar el cetro de la perdida Monarquía de Lacio.

La fuente de Canope se ha secado. Y el falso y frágil ídolo que la coronaba ha sido derribado de su pedestal.

Sin embargo, los niños siguen allí al lado sus juegos y sus risas, y los enamorados pasan hablando de la belleza del vivir.

Hace el otoño que sobre la fuente inútil caiga una lluvia de hojas de oro. Y cuando llegue la primavera, los árboles cercanos no se curarán de que el ídolo falta para volver á vestirse de verdor y de flores en la necesaria y eterna renovación de la vida.

PEDRO DE REPIDE

PÁGINAS HUMORÍSTICAS



— Me parece, cabo Lodeiro, que esta vez dimos en la yema...
— Parécemelu así, Ulpiano... Si no es Abd-el-Krim, de cerca le debe andar.

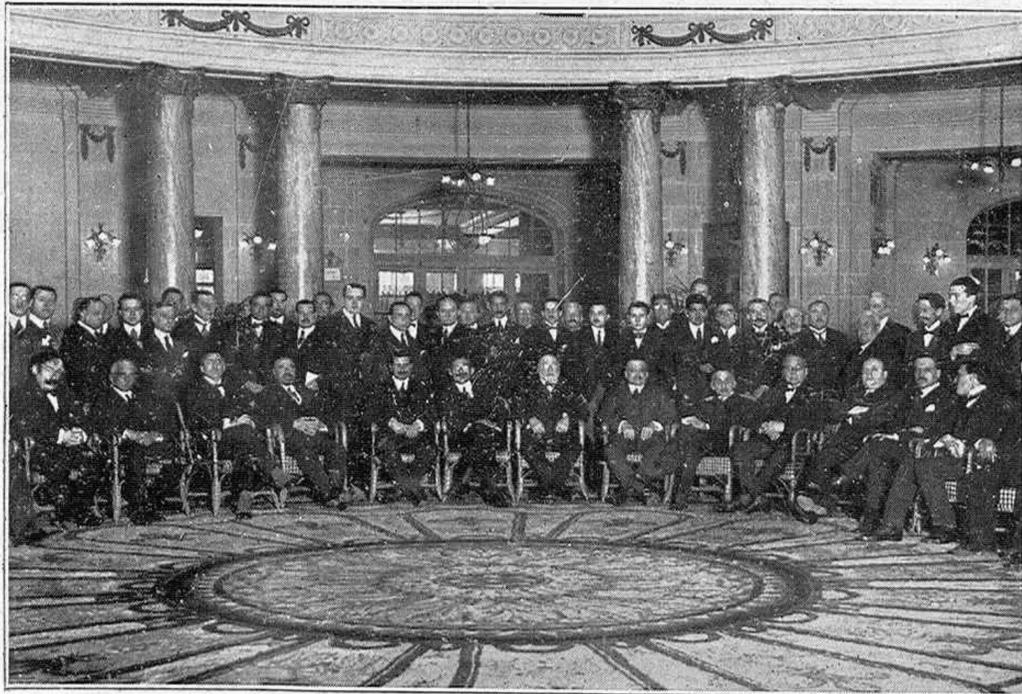
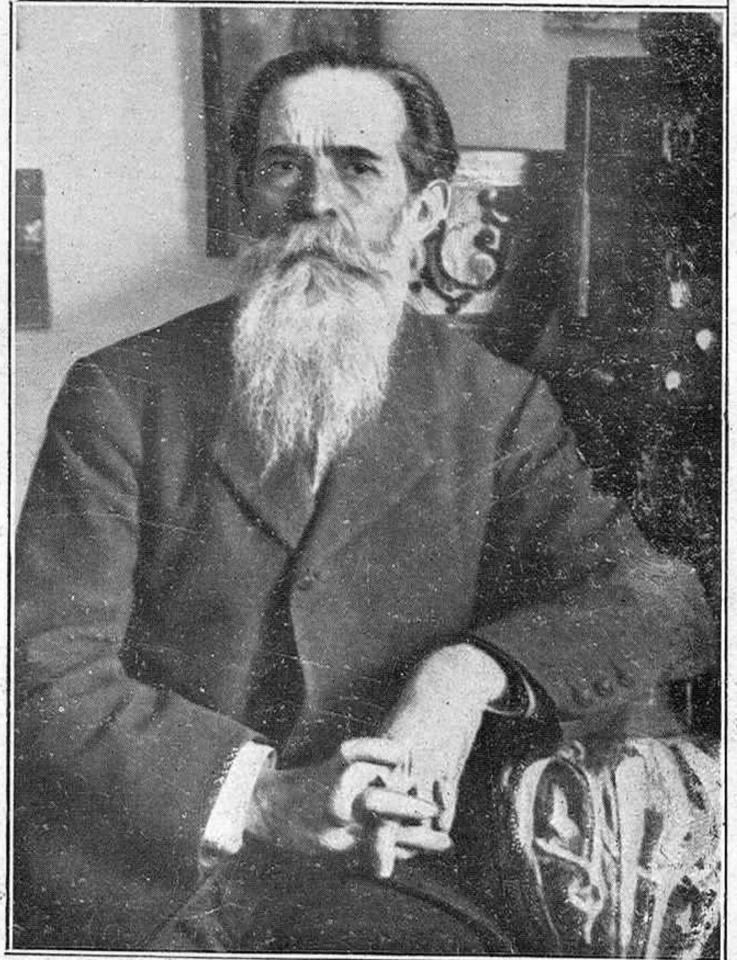
CARICATURA DE J. ALCALÁ DEL OLMO

DE NORTE A SUR

El día 26 del pasado se inauguró por Sus Majestades Don Alfonso y Doña Victoria el segundo trozo de la obra del Metropolitano madrileño, que comprende la sección Puerta del Sol-Atocha, completando la primera de las líneas proyectadas, y que tanto ha de contribuir a facilitar la circulación entre los extremos Norte y Sur de la capital, cada vez más necesitada de comunicaciones rápidas. Los trabajos realizados en este trozo han sido importantísimos y considerables las dificultades vencidas, acreditando una vez más el brillante resultado la pericia técnica del personal directivo de la Empresa, que con motivo de la apertura de esta sección está recibiendo innumerables felicitaciones. Nuestra página recoge una interesante nota de este acontecimiento.



Hace pocos días se celebró el simpático acto de hacer entrega al veterano periodista D. José García Plaza de las insignias y título de la Gran Cruz de Beneficencia, concedida para recompensar su excelente labor gubernativa en Soria. Las insignias le han sido regaladas al señor García Plaza por sus compañeros en la Prensa de Madrid y en el Cuerpo de Topógrafos, á que pertenece. Asistieron al acto distinguidas personalidades.



Patrocinado por el Ateneo de Madrid y por diversas personalidades de la Prensa madrileña, se verificó hace pocos días, en el Palace Hotel, una simpática fiesta en honor del presidente de la Cámara de Diputados de Puerto Rico, D. Cayetano Coll y Cuchi. A la terminación del banquete, el agasajado, que es un admirable orador, abogó, en un elocuente discurso, por la afirmación de los ideales que persigue el hispanoamericanismo, mediante una acción inmediata y verdaderamente eficaz. Los principales párrafos del discurso fueron subrayados con entusiasmas salvas de aplausos.

Otra gran figura del mundo del Arte nos ha arrebatado el año que acaba de finir, verdaderamente aciago por muchos conceptos. A pocos días de distancia de la desaparición de Pradilla y Villegas, hemos de registrar la del ilustre ceramista D. Daniel Zuloaga, al que debe España la restauración de una industria poco menos que extinguida, cuando iniciara el notable artista sus trabajos en su ya célebre taller segoviano de San Juan de los Caballeros. Las geniales producciones de Zuloaga le conquistaron en breve tiempo merecidísimo renombre mundial, cotizándose á altos precios en los principales mercados artísticos de Europa y América. Descanse en paz el preclaro artista y reciba su familia la sincera expresión de nuestro duelo.

EL ARTE ESPAÑOL EN PARÍS

La Exposición Federico Beltrán Masses en el Salón del Círculo "Interalliés"

PRIMERO, la belleza; luego, la belleza... Después, nada.

Nada para las absurdas escuelas pictóricas que se empeñan en deformar la vida haciendo las cosas aún más feas de lo que en realidad son; nada para esos horripilantes colorines que ofenden la retina y crisan los nervios; nada para esas supuestas esclavitudes de luz que sólo sirven para pintar á las gentes aún peores de lo que la Naturaleza les hizo, que no es poco. Ni una concesión á la vulgaridad, á la estupidez, á la vanidad, y muchísimo menos á la mala intención y á la impotencia aviesa de los otros, de todos esos señores que, como no lo tienen ellos, reniegan del estilo; como carecen de imaginación, la niegan beligerancia, y como son feos, pobres, vulgares, contrahechos, débiles y viven rodeados de miserias, niegan la belleza, la juventud, el esplendor, la fuerza. Una riqueza y una armonía de color maravillosas, una insólita elegancia de líneas, una firmeza de dibujo y una elegancia de composición insuperables, puestas al servicio de cuadros de una pompa y una magnificencia de cuentos de *Las mil y una noches* ó de escenas de un cálido patetismo de copla andaluza... He ahí lo que admira la multitud que se prensa en los salones del Círculo «Interalliés» para ver la obra del gran pintor español.

Porque es un español el que, una vez más, vence en París; un catalán, Federico Beltrán Masses, aquel gran artista á quien un gran crítico nuestro, José Francés, hizo justicia ha bastantes años ya; Federico Beltrán, que tras vencer en Venecia, en Munich, en Bruselas y Londres, triunfa definitivamente en París. Es un hijo de España el que vence, y con él nuestro cielo, nuestra poesía y nuestra maravillosa imaginación, que, como los gitanos de Beltrán, sueña en medio de la estepa calcinada mirando al cielo azul.

ooo

Camile Mauclair, el primero de los actuales críticos de arte franceses, dice: «No es sólo que admire á Beltrán en su obra; es que amo esta obra porque me vuelve á la esperanza de las bellezas que lloraba olvidadas, porque levanta en un maravilloso esfuerzo á la pintura á la altura de la poesía. A la hora en que comenzábamos á desesperar, nos conduce—según la expresión feliz de Taine hablándonos de Delacroix—adonde más falta nos hacía.»

Beltrán, efectivamente, prescindió en su obra de escuelas, de cenáculos, de corrientes, de todo lo que podríamos decir, en comparación hartamente vulgar, es al arte lo que á la filosofía política las intrigas y cabildos del Salón de Conferen-

cias. Beltrán busca la belleza igual en los menudos apuntes que agradan á los impresionistas y que más que otra cosa son para el artista como notas, que en los grandes cuadros donde vive la cálida magnificencia de las telas y la riqueza única de las joyas de Tintoretto, la pompa floreal de Ticiano, la magia de Veronée yaun—véase *En tono menor*—el claroscuro de Rembrandt. Para conseguir esta impresión de belleza suprema cuenta el pintor español con dos cosas: una riqueza y sentido del color sin igual en el día, y una imaginación que sabe evocar la suprema nobleza de los cortejos fabulosos, los jardines en fiesta, los lagos mágicos y los embrujados palacios.

Dice Mauclair siempre: «Para él, como para Monticelli, el cuadro es un drama lírico en que el color hace de tenor.» Le sucede algunas veces pintar un personaje en tonalidades de luz solar y destacarlo sobre uno de esos fondos de noche estrellada que tanto ama. Pero hay que tener en cuenta que por un asombroso manejo de las gamas cromáticas, obtiene cosas de una sorprendente belleza que no chocan ni á la vista ni al espíritu. Para él, como para los viejos maestros, la luz es solamente un elemento de contraste. Viene de donde quiere el artista; le sirve como á él le place; es su esclava, en vez de ser al revés. La realidad no le estorba tampoco más que el impresionismo de otras escuelas...

Y así, en este mundo exquisito, creado para sí y ante sí, el maestro evoca extrañas é inquietantes cosas que, como la *Salomé* de Gustavo Moreau, hubiesen hecho escribir á Lorrain una página rutilante y suntuosa tal como un joyel empedrado de raras gemas. Son escenas concentradas y extraordinarias; la combadura de un torso en un espasmo supremo de voluptuosidad; la sonrisa cruel de las reinas remotas ante las hecatombes legendarias; la mirada calofriante de los poseídos; la mueca ambigua sobre la careta de marfil. Y todo ello enterrado

bajo una pompa y una magnificencia únicas; una avalancha de brocados, de terciopelos, de encajes, de pieles, de plumas, de perlas, de ópalos, de esmeraldas, zafiros y diamantes; sobre fondos de jardines en fiesta y de lagos encantados en que se celebran, con músicas, flores é iluminaciones, las fiestas de las bodas del Dux, de la ida soberbia del *Bucentauro* hacia el Adriático.

El mundo que evoca el artista español es quimérico y, sin embargo, atrozmente real. Todas esas gentes que aparecen



«Retrato de la marquesa de Casa Mauri»

en los lienzos de Beltrán viven una vida afectada y artificiosa, una vida para la luz de teatro de los reflectores eléctricos; pero en el fondo, desean, aman, sufren, se torturan con mil absurdos *succés*, sin perjuicio de acercarse sonrientes, mostrando el collar de perlas fabulosas y la dentadura perfecta; ó saben erguirse en un gesto altivo, casi regio. Son gentes que no pensando, sin embargo, en otra cosa, con un miedo supersticioso, ignoran la vejez, la pobreza y la muerte. Son conscientemente triviales, egoístas y banales; conscientemente, que es la forma más trágica de serlo.

ooo

El solo hecho de exponer en la Sala del «Interalliés» constituye para un artista una patente, en París, hoy día. El Círculo «Interalliés» es algo de *élite* donde no puede entrar todo el mundo. Estar allí es *ser*.

Ciento tres obras expone el pintor catalán. En la primera sala, son apuntes, impresiones fugaces, manchas de color de una policromía, una fuerza y una gracia inimitables. En la segunda sala vense algunos cuadros como *Venecianas*, *Esmeraldas* y otros de mayor empuje. *Venecianas*, sobre todo, posee un ritmo de color, una nobleza de composición y una luz que impresionan.

En la tercera sala vense el retrato de la bellísima señora de Sanjurjo de Ramírez de Arrellano; *La maja maldita*, en que los encajes sobre la carne están resueltos de modo magistral; la *Salomé*, una de las obras maestras del pintor, cuadro de sensualidad exasperada, y un retrato de hombre que Mauclair comparará á los de Goya.

En la sala cuarta está el retrato de la princesa de Kapurthala, y uno sencillamente asombroso de Lucrecia Bori.

Y en fin, en la quinta, *La maja del puerto*, de intensidad calenturienta; el retrato bironiano de Ramón Albarrán, el hijo del célebre médico, y otro del ilustre doctor Sanjurjo.

Tal es, á grandes rasgos, la Exposición que triunfa como suprema nota de arte en la vida actual de París, poniendo muy alto el nombre de España.

ANTONIO DE HOYOS y VINENT



«Venitienes»

DEL TIEMPO PASADO



RAMÓN DE LA CRUZ

HAS de saber, amable lector, que yo, siguiendo las corrientes modernas, soy espiritista. Por esta razón, cuando tengo que relatar sucesos acaecidos en épocas remotas, evoco, para documentarme bien, el espíritu que en ellas haya vivido, y á lo que él me diga me atengo para no caer en error ó, para si caigo, que el responsable sea el espíritu. Y en este caso puedo perfectamente decir: *De mis errores en la tierra responde D. Leandro, no yo.*

En efecto, evocé su alma, y ella, con toda cortesía y urbanidad, se explicó de la siguiente manera:

—Pregunta, que yo te responderé. Precisamente los espíritus no tenemos más distracción que la de acudir á satisfacer vuestras impertinencias, siendo ya tantos los que nos marean con sus preguntas, que muchos días no nos dejan tiempo *ni para comer.*

—Pues oye, Leandro...

—Te advierto, lector, que á los espíritus se les llama siempre de «tú», como á los chicos que venden *la lista grande.*

—¿Quieres decirme lo que sucedió la noche del estreno de tu *Comedia nueva*? Porque unos historiadores dicen que fué un éxito resonante, otros que no resonó y muchos que no hizo más que pasar, porque ni siquiera llamaron al autor.

—Pero ven aquí, sainetero insulso. ¿Cómo habían de llamarle, si en aquel entonces no se estilaba tan ridícula manera de expresar la aprobación del auditorio?

—Tienes razón. Ahora recuerdo que la primera vez que llamaron á escena al poeta dramático fué cuando el estreno de *El Trovador.*

—También en eso tú y el mundo literario y erudito estáis á las once. El primer autor de comedias cuya presencia en el proscenio reclamó el ilustre senador, fuí yo. Representábase en uno de los dos teatros que había en Barcelona el año 1820 *El sí de las niñas.* A la terminación de esta comedia, el público pidió con insistencia que me presentara en las tablas. El cómico Andrés Prieto gritó desde el escenario: «El autor se halla entre vuestras mercedes, ocupando una luneta.» Yo me agaché cuanto pude, y agachado permanecí hasta que Prieto calmó la tempestad diciendo que se había equivocado y que tomando mi representación daba las gracias á tan respetable concurrencia. Mucho me satisfizo esta cortesía del verdadero público; porque has de tener en cuenta que entonces nadie entraba en el teatro sin pagar su localidad. A tal extremo se llevaba esta medida, que en 1814, cuando se estrenó en Barcelona, á beneficio del cómico Felipe Blanco, mi traducción de *El médico á palos*, me advirtieron los comediantes que me regalaban la luneta en señal de respetuoso aprecio, pero que los intereses de la Empresa no les permitía extender esta gracia á las noches en que no se representase obra mía. Es decir, que tuve que admitir en calidad de favor lo que en otros países disfrutaban, como derecho, todos los que escribían para el teatro, aun cuando no se hicieran comedias suyas.

—Todo eso está muy bien, ilustre poeta, y no deja de ser curioso, aunque muy sabido; pero yo lo que deseo es que me cuentes cómo

«LA COMEDIA NUEVA Ó EL CAFÉ», ESCRITA EN DOS ACTOS Y EN PROSA POR D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN, ESTRENADA EL 7 DE FEBRERO DE 1792, Á LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE, EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

fué recibida por el público *La Comedia nueva ó El Café.*

—Perdona, y escucha. Por de pronto, yo jamás la puse por título *El Café.* Este aditamento se lo agregó el pueblo, porque la acción de mi obra tenía su desarrollo en un establecimiento de esa clase cercano al Teatro del Príncipe.

La escribí en un lugar de la Alcarria adonde fui á descansar de mis trabajos literarios y de mis penas.

Al volver á la Corte se la leí á la Compañía de Ribera, que trabajaba en el coliseo del Príncipe. Los apasionados de la de Martínez, que funcionaba en el de la Cruz, empezaron á comoverse, porque temían que de la representación de mi comedia resultara—quitándoles ingresos—la total ruina de sus intereses. Españaron voces de que era una sátira infamatoria. Intervinieron la autoridad del presidente del Consejo, la del corregidor de Madrid y la del vicario eclesiástico. Sufrió cinco censuras, resultando de todas ellas que la obra no era un libelo, sino una comedia escrita con arte y capaz de producir efectos muy útiles en la reforma del teatro. Mis enemigos, pues, se aprestaron á hundirla con silbidos y escandalosas protestas en la tarde del estreno, que se verificó el 7 de Febrero de 1792, en el Príncipe.

El concurso la oyó con atención, interrumpida por sus mismos aplausos. Los que habían de silbarla no hallaban la ocasión de empezar, y su desesperación se manifestó más iracunda y tempestuosa cuando creyeron ver su retrato en la pintura que hace D. Serapio de la ignorante plebe que aplaudía y agasajaba á los malos escritores, negando su protección á los autores que más la merecían por escribir obras originales, no manchando su pluma con malas traducciones de comedias extranjeras. El resto del público logró, con sus aplausos, imponer silencio, y los cómicos siguieron más animados, confiando ya en el éxito definitivo. La tormenta, sin embargo, resurgió más violenta todavía al exclamar D. Eleuterio en el segundo acto: «*Picarones! ¿Cuándo habrán visto ellos una comedia mejor?*» Supo decirlo el actor con expresión tan oportunamente equívoca, que el concurso, aplicando aquellas palabras á lo que estaba sucediendo, interrumpió con nutridas palmadas la representación, en tanto que mis enemigos enronquecían rugiendo de coraje. No hay que decir que la turba de los conjurados perdió la paciencia, la esperanza y el ánimo, y el general aprecio que la comedia obtuvo en aquel día no pudo ser más conforme á mis naturales deseos.

La obra se representó seis tardes consecutivas con muy buenas entradas, que, en total, alcanzaron la cifra de 27.016 reales de vellón, y eso que la modesta Prensa de entonces no dió importancia al estreno.

Allá á los catorce días después, cuando mi comedia había sido substituída por un *esperpento* titulado *El herrero más feliz ó El tirano Comardón*, se leía en el *Diario de Madrid* un suelto en el que al anunciar la impresión de *La Comedia nueva* se me llamaba *sujeto muy aprovechado en diferentes ramos de la literatura y autor laborioso y aplicado.*

En cuanto al público que asistió á la primera representación, te diré (ya ves si te proporciono detalles) que se hallaba formado por las más distinguidas personalidades de la época, algunas de las cuales voy á citarte ahora mismo.

Asistió Godoy, que ocupaba un *apartamento* (palcó) con el abate D. Juan Antonio Melón, mi amigo entrañable, nombrado ya juez de Imprenta; con el célebre poeta León de Arroyal, autor de *El asno erudito* y de muy graciosos y picantes epigramas; con el cultísimo literato y jurisconsulto D. Juan Pablo Forner, uno de los entendimientos mejor cultivados y vigorosos del siglo XVIII. Los acompañaba, si no recuerdo mal, D. Juan Meléndez Valdés, príncipe de la poesía castellana.

En otro *apartamento* veíanse al laureado poeta D. Manuel José Quintana; á D. Cándido María Trigueros, autor de una estimable colección de



LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN

poemas; á Nifo, pésimo poeta y director de *El Correo general de España*; y oculto en un rincón del palco, el Rvdo. Fray Ignacio de la Natividad, trinitario descalzo y confesor de la Reina de Etruria. Estos señores fueron muy enemigos míos, pero aplaudieron, aunque de mala gana y dejando traslucir en sus congestivos semblantes una sonrisita irónica, como diciendo: «Esto lo hace cualquiera.»

En fin, evocador curioso, que aunque pudiera citarte los nombres de la mayor parte de los concurrentes, me inspiras compasión, y concluiré diciendo que asistió la aristocracia entera y todos los poetas y poetastros de la capital del Reino.

También me favoreció con su presencia en el estreno el poeta más popular y más querido de la Corte: D. Ramón de la Cruz. Era ya viejecito: ocupaba el número uno de la primera fila de lunetas. Todas las miradas convergían á él. Daba gusto verlo. Simpático, limpieto, con su casaca galoneada, su corbata de gasa, su pelo empolvado. Gastaba anteojos ahumados, porque de tanto escribir á las altas horas de la noche padecía de una fluxión á los ojos, que, al abandonarle el alma, se cerraron definitivamente dos años después, el 5 de Marzo de 1794.

Siguiendo mi ya cansada relación, te diré que aquella tarde triunfé completamente; pero la envidia, siempre terca y nunca dichosa hasta que realiza las venganzas más crueles, se desquitó, con creces, algunos años después, cuando el estreno de *El barón* en el teatro de la Cruz, el año 1803.

El jefe de los *reventadores*, como ahora decís, era temible; la turba que tenía á sus órdenes, numerosa é intrépida. Voces, gritos, golpes, silbidos, baraúnda espantosa, todo se puso en práctica. El aplauso del auditorio sano é imparcial contribuyó á que crecieran el estrépito y confusión. Unos pedían que se anunciase otra función para el día siguiente y otros gritaban que siguiese la misma.

En medio de este tumulto, el comediante Antonio Pinto gritó desde el tablado: «Los cómicos hemos creído que *El barón* es una de aquellas comedias que ilustran el teatro español. Deseando acertar, quisiéramos saber si la obra ha de representarse mañana, ó no. Lo que decida el público, eso haremos: nuestra obligación es complacerle.»

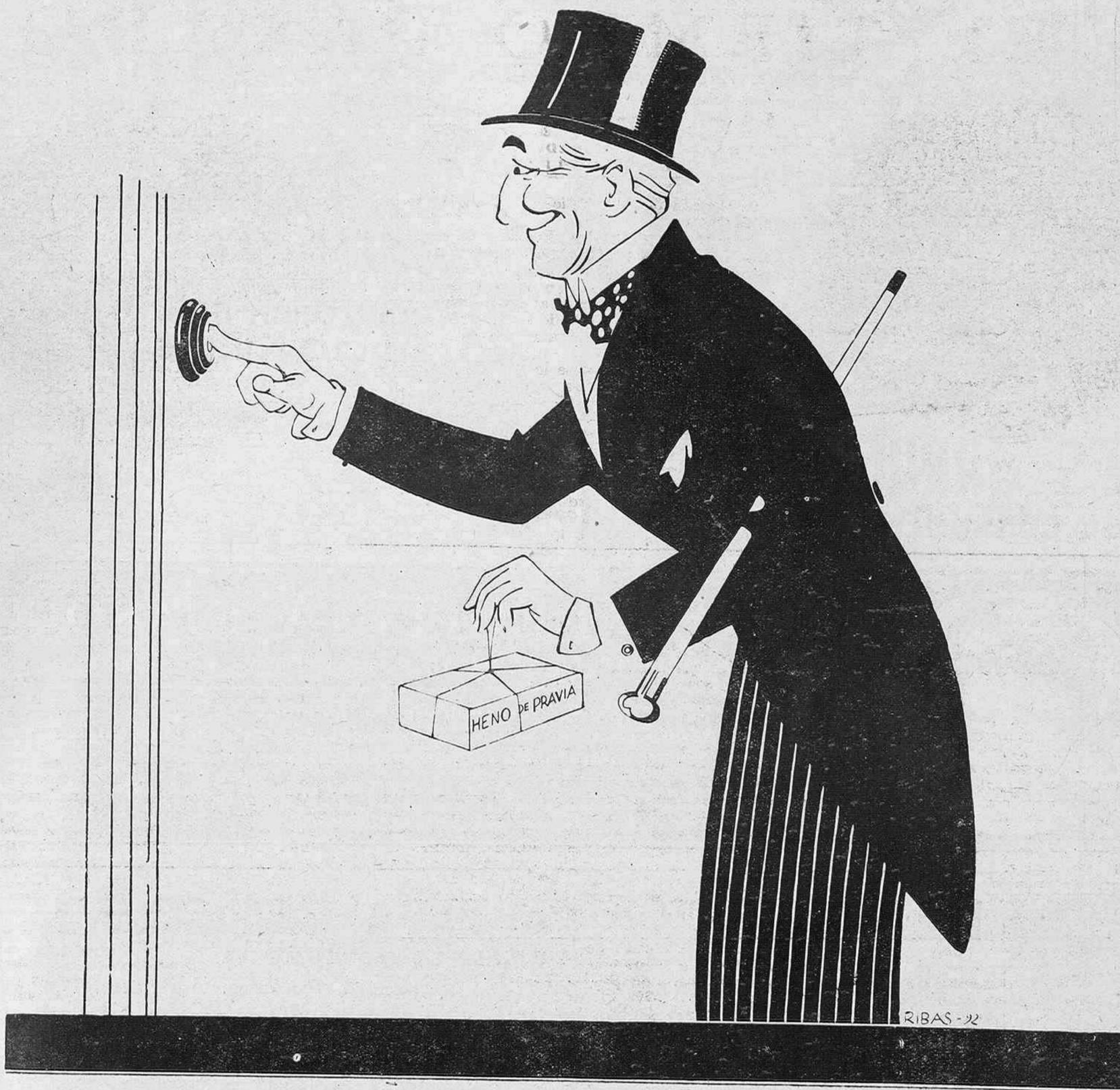
Esta allocución sirvió sólo para aumentar el escándalo, y los conjurados se lanzaron á la calle, satisfechos de su triunfo, propalando por todas partes la noticia de lo que juzgaban mi derrota.

La comedia se representó á la siguiente noche, y el público desapasionado, libre ya de los alborotadores, me vengó, con sus repetidos aplausos, de los groseros insultos que sufrí con resignación cristiana, en la primera representación de mi combatida obra; y desde entonces oyó siempre con sincero aprecio esta fábula sencilla, verosímil, cómica é instructiva.

Y me retiro ya, porque me *evocan* de otras partes.

¡Cuando te digo que no nos dejan tiempo ni para comer!

TOMÁS LUCEÑO



¿Un buen regalo,
práctico, económico y elegante?
JABÓN HENO DE PRAVIA
de la

PERFUMERIA GAL - MADRID

VALENCIA

PRODUCCIÓN DIARIA
250,000 KILOS

LOS ARROCES LLUCH & HIJO
SE CONSUMEN EN TODO EL MUNDO

CEREO-LECITINA EJARQUE
ALIMENTO VEGETAL COMPLETO a base de Cereales y Leguminosas

Muy agradable para los niños
Insustituible como alimento en los casos de intolerancia gástrica
y afecciones intestinales. Convalecientes

Análisis de garantía del DR. PESET

Farmacia y Laboratorio Ejarque
VALENCIA

LA INSTITUCIÓN CERVERA VALENCIA (España)
ES UNA INSTITUCIÓN INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA

LA MÁS IMPORTANTE DE EUROPA

ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA: Electricidad, Mecánica, Agricultura, Química,
... Arquitectura, Construcción, Ingeniería, Electroterapéutica, Automovilismo, Aviación ...

Tenemos Ingenieros, Arquitectos y Alumnos de las anteriores especialidades en todo el mundo

Para informes, pormenores y matriculas, dirigirse por correo a la
INSTITUCIÓN CERVERA • Apartado 66 • VALENCIA (España)

USE USTED **MAGNESIA** efervescente
del **DR. TRIGO**

Rechazad las numerosas imitaciones

YO TOMO
SIEMPRE

ANÍS RIOS

JOSE RIOS-SILLA (VALENCIA)

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



EN BREVE

La locura del "frustero"

NOVELA DE LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POR

"EL CABALLERO AUDAZ"

Precio: DOS pesetas

Los pedidos á Editorial «MUNDO LATINO», Apartado 502,
ó á la Administración de PRENSA GRAFICA, Hermosilla, 57.

Lea usted los miércoles MUNDO GRÁFICO

Publicaciones Bailly-Bailliére para 1922

ALMANAQUE BAILLY-BAILLIÈRE

Un tomo en 12.^o de cerca de 500 páginas, con más de tres millones de letras, varios mapas, más de 1.000 figuras y cubierta imitación cuero.

CONTIENE

Interesantes artículos sobre: Historia, Geografía, Música, Bellas Artes, Agricultura, El Universo, Medicina ó Higiene, Matrimonio, Hogar, Derecho, Ciencias vulgarizadas, Juegos y Sports, Literatura, Vida Práctica. Participación gratuita en la Lotería Nacional.

PRECIOS

En rústica... 2,00 pts.
Encartonado... 2,50 »
En piel... 5,00 »
Provincias, 0,50 más

Agenda de Bufete

CONTIENE

Diario en blanco para anotaciones de ingresos y gastos, con importantes datos, muy necesarios en oficinas de Banca, Comercio, particulares, etc.

Dos ediciones económicas.

Madrid: 3,00 4,00 5,00 y 6,50 pts.

Provincias, 0,50 más.

Dos ediciones completas, tapas tela.

Madrid: 5,00 6,50 7,00 y 8,75 pts.

Provincias, 0,50 más

Agenda Culinaria

LIBRO DE LA COMPRA que contiene 365 minutas y más de 700 recetas.

Explicación de los guisos en los menús diarios. — Agenda para anotar al día los gastos de cocina.

PRECIOS

En Madrid, 4,00 pts.
En Provincias, 0,50 más.

CARNET Ó AGENDA PERPETUA de bolsillo

PARA ANOTACIONES

PRECIOS

1,50 en tela y 2,00 en piel, cortes dorados.

Agenda de Bolsillo

PARA

uso de Particulares.

Precioso libro de notas, dividido por días, con interesantes datos sobre Correos, Telégrafos, Teléfonos, tranvías, carruajes, etc.

Encuadernado en tela, con bolsillo interior y porta-lápiz.

PRECIOS

EN MADRID

De dos días en plana... 2,00 pts.

Con cartera piel... 6,00 »

De un día en plana... 2,50 »

Con cartera piel... 6,50 »

Provincias, 0,50 más

MEMORANDUM DE LA

Cuenta diaria

CONTIENE

Secciones especiales para anotar visitas; señas útiles; gastos é ingresos diarios, y cuánto se necesita para llevar ordenados y sin temor a que se olviden los múltiples asuntos en que se desarrolla la vida moderna.

PRECIOS

EN MADRID

Sin secante... 4,50 pts.

Con secante... 5,50 »

Provincias, 0,50 más

Pedidos: CASA EDITORIAL BAILLY-BAILLIÈRE, Núñez de Balboa, 21, y Plaza de Santa Ana, 11. — MADRID

Y en todas las Librerías, Papelerías y Objetos de Escritorio.



Lavad siempre á vuestros hijos con jabón PECA-CURA y los tendréis hermosos.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50. 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pts., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÀ (BARCELONA).

Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios **Anusol** Goedecke

que se introducen en el recto.

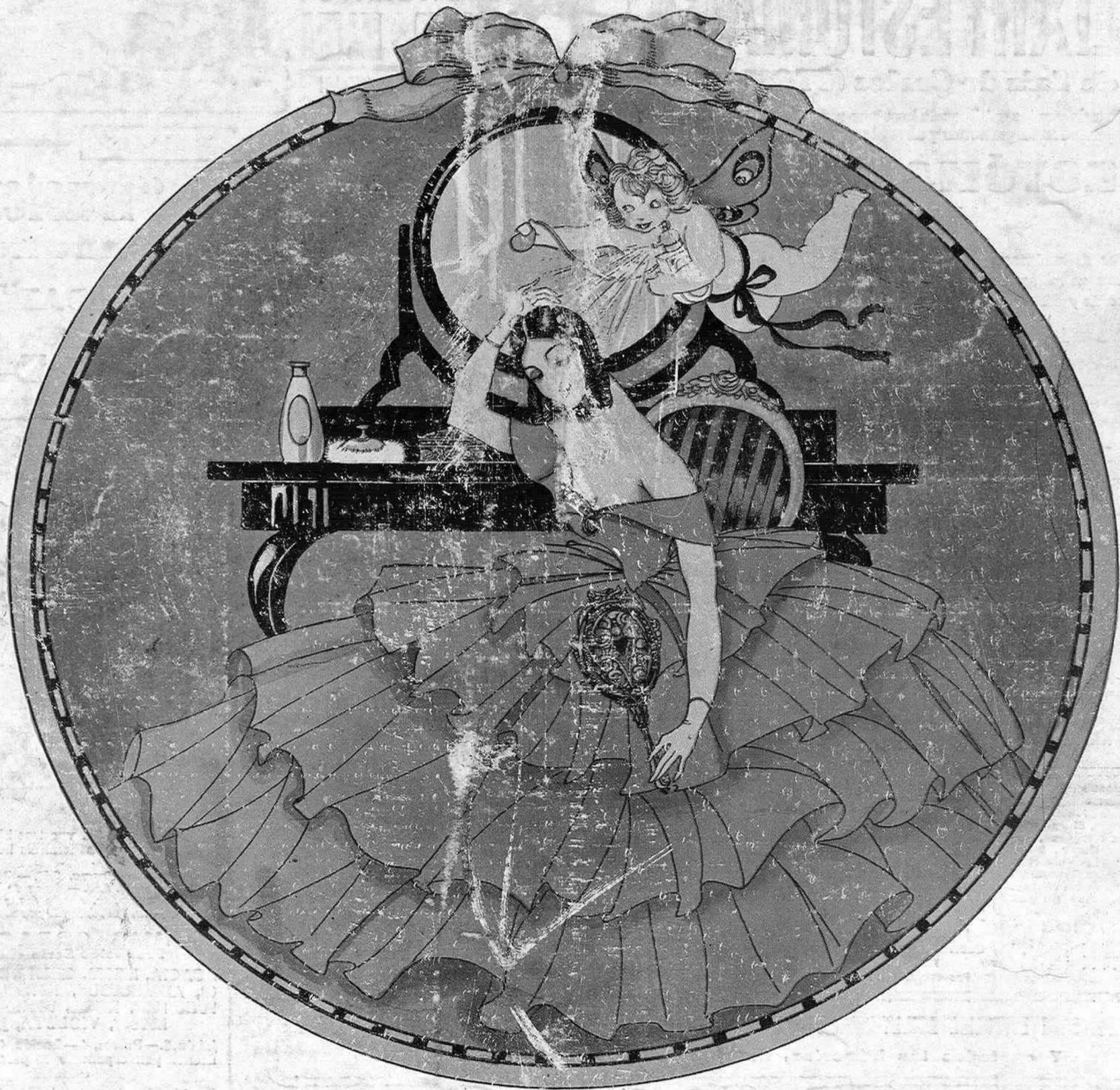
Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. **Anusol Goedecke** calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pidase en farmacias el único y legítimo **Anusol Goedecke** y rechácese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "**Goedecke**" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfato de Magnesia anhidro puro, Acido Tátrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS DEL SANGRE PREPARADO POR URIACH C^o, 49, Bruch, BARCELONA



Secret d'Or Francy
Perfumeria Francy
Paris - Madrid